

# Nueva Zelanda

## ¿El último paraíso? Una ruta por las antípodas

JORDI BOSCH DÍEZ

SUSANNA RODRÍGUEZ RAFÍ

### PRÓLOGO

Cuando me preguntan por un destino espectacular adonde valga la pena viajar, uno de los primeros países que me viene a la cabeza es Nueva Zelanda. Tiene la desventaja de que está lejos, en las antípodas, pero todo lo demás son ventajas. Es una tierra con una naturaleza espectacular, ciudades abiertas al mar, miles de kilómetros de costa, parques naturales, montañas, valles, volcanes, glaciares, fiordos... y unos habitantes que disfrutan con las actividades al aire libre y suelen mostrarse amables con el viajero. Es cierto que la lluvia puede llegar a ser tozuda, persistente, pero supongo que por eso se inventó la calidez de los *pubs*. Si a todo el conjunto le añadimos el gran *spot* promocional que es la película *El Señor de los Anillos*, dirigida por el neozelandés Peter Jackson, se comprende que cada vez haya más gente que quiera viajar allí.

Jordi Bosch Díez y Susanna Rodríguez Rafí, los jóvenes autores de este libro, son de los afortunados que consiguieron cumplir su sueño de viajar a Nueva Zelanda. Volvieron encantados, como casi todos los que viajan a estas islas lejanas. Estuvieron dos meses recorriendo el país con una furgoneta, disfrutando de sus paisajes, tomando notas y entrevistando a personajes significativos. Hay quien piensa que viajar con alguien que tiene en mente escribir un libro puede ser un rollo, ya que siempre lleva el guión en la cabeza. Yo pienso exactamente lo contrario. Viajar con la intención de escribir un libro te permite disfrutar doblemente del viaje, ya que te fuerza a meterte más a fondo en el país, a conocer más gente, a tomar más notas. Por si todo esto no bastara, a la vuelta tienes la agradable propina de revivir el viaje mientras estás escribiendo el libro.

El lector podrá conocer de primera mano, a través de las páginas de este libro, la emoción contagiosa que produce viajar por Nueva Zelanda, contemplar los monumentales *kauris* y los helechos gigantes, extasiarse ante la belleza de sus costas y montañas, vibrar con la naturaleza volcánica, sentirse en algunos momentos como un *hobbit*, acercarse a los mitos, rituales y leyendas maoríes y disfrutar en todo momento de una intensa comunión con la naturaleza.

El debate de si es mejor la Isla Norte o la Isla Sur suele aflorar a menudo cuando viajas por Nueva Zelanda. La mayor parte de los viajeros se inclina por la Isla Sur, menos poblada y con una naturaleza más espectacular. Pero también la Isla Norte merece la pena, como muestran las excursiones al cabo Reinga, Rotorua o Tongariro que describen Jordi y Susanna. Claro que en la Isla Sur hay lugares maravillosos como el Abel Tasman National Park, la región de Golden Bay, los glaciares, Milford Sound, el Mount Cook, Akaroa, etcétera, etcétera. En resumen, que en el libro queda claro que, más allá del debate, ambas islas juegan con buenas cartas a favor, como también el estrecho que las separa, que recibe el nombre de Cook en homenaje al gran explorador británico.

Los distintos encuentros con personajes representativos de las islas contribuyen a enriquecer el libro y complementan la visión de este país en el que viven muchísimas más ovejas que humanos, de estas islas en las que los esquivos kiwis y el rugby de los All Blacks se han convertido en símbolos más destacados. Por cierto, cada vez que veo por televisión el espectacular ritual maorí que ejecutan los All Blacks antes de cada partido, pienso que tengo que volver a Nueva Zelanda. Cuando no lo veo, pues también. Y es que Nueva Zelanda es uno de esos contados paraísos a los que sabes que siempre merece la pena regresar. El libro que el lector tiene en sus manos explica muy bien por qué.

Xavier Moret

## RUMBO A LAS ANTÍPODAS

—Os encantará. Yo crucé las dos islas en moto hace treinta años y me fascinó la naturaleza y las montañas —nos dijo Peter, con quien compartimos fila en el vuelo de Londres a Hong Kong.

Con greñas rubias casi blancas y las arrugas del sol y el viento en su rostro, este aventurero sueco ha viajado por medio mundo y sigue haciéndolo. Sus largas piernas apenas cabían en el asiento del avión.

—Estuve seis meses recorriendo la gigantesca naturaleza de Nueva Zelanda. Incluso intenté seguir los pasos de los buscadores de oro que llegaban a la Isla Sur a partir de 1860, sin éxito, claro —soltó una carcajada.

Con ojos vivaces y gestos nerviosos, a sus más de sesenta años, Peter es un torrente de energía. Ahora estará surcando algún mar como tripulante de un velero que partió de Borneo hace unos meses, o quizás ya haya vuelto a Suecia para hacer de nuevo las maletas, esta vez para siempre.

—La vieja Europa no me interesa. Está demasiado envejecida, falta de ilusión y de futuro —Peter no tiene pelos en la lengua. Mientras bajábamos del avión nos contó que pasaría las Navidades en Hong Kong con su sobrina. Nosotros proseguimos hacia nuestro destino soñado: Nueva Zelanda.

Tras treinta horas de viaje, con dos escalas y tres cambios horarios, nuestro cuerpo ya no sabía qué hora era. En Londres retrasamos el reloj una hora, al llegar a Hong Kong eran seis horas más y en Auckland otras seis. A partir de ese momento, cada día seríamos los primeros en ver amanecer. Eran las siete y media de la mañana cuando por fin vislumbramos por la ventanilla la silueta de un país tan famoso como desconocido y la emoción nos invadió. A la sombra de Australia la masa continental más cercana (y aun así a 2.000 kilómetros de distancia y tres horas de vuelo), Nueva Zelanda, aparece en el mapamundi gracias a los All Blacks y los Hobbits. Las confusiones son frecuentes, atribuyéndole también canguros, cocodrilos y boomerangs a su patrimonio natural y cultural, pero Nueva Zelanda es un país joven y único que nada tiene que ver con su vecino.

Hechos polvo, pero llenos de ilusión y de incredulidad, llegamos dispuestos a explorar durante dos meses un nuevo mundo en las antípodas de nuestro hogar.

## PARTE 1: ISLA NORTE

### A U C K L A N D   Y   W A I H E K E   I S L A N D

Ansiosos por descubrir Auckland, nos olvidamos del cansancio y el sueño después de tantas horas encajonados en el avión y caminamos en dirección al puerto y a Queen Street, la calle principal. Bajo una lluvia intermitente callejeábamos en silencio,

observando, buscando en cualquier detalle las diferencias que nos confirmaran que estábamos en el otro lado del mundo. Aunque fuera principios de diciembre y encontrásemos árboles y luces de Navidad por todas partes, allí era verano y la gran mayoría de la gente se paseaba en manga corta. Se conduce por la izquierda, el tráfico funciona al revés y no está indicado en el suelo con el “Look Left” o “Look Right” como en Londres. La ciudad está hecha para los coches. Aunque no sea tan descarado como en Estados Unidos, lo cierto es que los vehículos tienen preferencia ante los peatones. Además, las calles suben y bajan en constante pendiente.

En Khartoum Place, una pequeña plaza del centro, llama la atención el colorido Mural de las Sufragistas, realizado en 1993 para conmemorar el centenario del derecho a voto femenino. En 1893, Nueva Zelanda fue el primer país del mundo en el que las mujeres tuvieron derecho a votar, aunque no se pudieron presentar como candidatas hasta 1919. En 2001, los cargos de gobernador, primer ministro, ministro de Justicia, líder de la oposición y fiscal general los ostentaban mujeres.

Tras un largo paseo llegamos a la cima del Mount Eden, el cráter más emblemático, cubierto con una alfombra de hierba, desde el cual divisamos la ciudad en toda su extensión. Identificamos los escasos edificios del centro alrededor de la Sky Tower, la imponente torre de comunicaciones, que además es la construcción más alta de la ciudad y de parte del hemisferio sur. En la lejanía se veía el puerto con los veleros y los barrios residenciales, cuya armonía tan solo rompían pequeñas colinas verdes que, en realidad, son los restos de erupciones de cuarenta y ocho volcanes que hace ya 50.000 años originaron el istmo en el que se encuentra. La leyenda maorí cuenta que Mataaho, guardián de los secretos de la Tierra, y su hermano Ruaumoko, dios de los terremotos y los volcanes, despertaron llenos de ira porque dos *iwi* (tribus) Patupaiarehe que habitaban en la zona utilizaron la magia para atacarse sin su consentimiento. La furia combinada de ambos abrió un agujero en la Tierra, por el que desaparecieron todos los miembros que quedaban de ambas *iwi*. Y así se creó el campo volcánico de Tamaki Makaurau, nombre maorí de Auckland.

Pocas horas después de haber aterrizado, comprendimos que los volcanes y los maoríes tendrían mucho protagonismo en esta primera parte del viaje.

La lluvia, cada vez más intensa, nos invitó a visitar el Auckland War Memorial Museum donde descubrimos, por ejemplo, que es gracias a las erupciones volcánicas de hace veintiséis millones de años que el antiguo continente de Zealandia emergió de las aguas. O que antes de que hubiera presencia humana, las montañas y los bosques de Nueva Zelanda, que ocupaban casi todo el territorio, eran un paraíso exclusivo para las aves, muchas de ellas sin alas ni capacidad para volar, ya que no necesitaban huir de ningún depredador. Es el caso del kiwi, de costumbres nocturnas, y el moa, ave prehistórica que podía alcanzar los tres metros de altura y que se extinguió a causa de la caza y la deforestación. En una de las áreas un montaje audiovisual recrea los sonidos de un bosque a lo largo de las veinticuatro horas del día, condensándolos en cinco minutos de melódica sinfonía natural.

Una de las zonas más completas es la dedicada a los fenómenos naturales, ya que volcanes y terremotos son imprescindibles para entender la historia y el día a día de esta nación. Tras observar distintos tipos de roca volcánica y descubrir curiosidades sobre lo que se cuece bajo la corteza terrestre, seguimos a varios visitantes que

entraban en una sala. Se trataba de un comedor acogedor con falsos ventanales en el que los más afortunados pudieron sentarse en un cómodo sofá, y los menos acabamos sentados en el suelo. La televisión estaba encendida y, de pronto, un pequeño temblor empezó a sacudir la estancia, creciendo en intensidad. Los allí presentes intercambiábamos miradas inquietas mientras a través del ventanal se veía una gran humareda negra naciendo de las profundidades del mar, y una serie de grandes explosiones que culminaron en una gran ola que devastó el litoral de Auckland. Por suerte, se trataba solo de un simulacro de erupción volcánica, aunque pone la piel de gallina pensar que es algo que podría suceder en un futuro.

También fue nuestra primera toma de contacto con el arte maorí. El museo cuenta con utensilios de caza y pesca, muchas piezas talladas en madera, una marae (casa de ceremonias) y una waka (canoa de guerra) trabajadas artesanalmente. Observando fascinados la realidad casi fotográfica de una serie de retratos de líderes maoríes, coincidimos con un grupo cuyo guía iba vestido como un guerrero maorí y lucía un torso moldeado y tatuajes por todo el cuerpo, especialmente en las piernas.

—Estas pinturas son de Charles Goldie, el pintor neozelandés más famoso. Todos ellos son jefes de tribus maoríes. Los tatuajes faciales suelen identificar la tribu a la que pertenecen; además, es una muestra de su estatus, de su fuerza y virilidad. —En el grupo se hizo el silencio. A más de uno se le dibujó una mueca de dolor en el rostro, y más teniendo en cuenta que en la técnica ancestral del moko, el tatuaje maorí, se usaban cinceles hechos con huesos de albatros.

Finalizada la visita regresamos al centro cruzando el espeso y sorprendente bosque del Auckland Domain, el parque más antiguo de la ciudad. Las tiendas ya estaban cerradas (los horarios son como en el norte de Europa) pero las terrazas y los locales del puerto tenían mucho ambiente. Junto a otros veleros destacaba uno de color rojo intenso, el barco del Emirates Team New Zealand que ganó la Copa América en 1995 y 2000. La pasión por la vela salta a la vista en cuanto uno ve el puerto deportivo de Auckland, lleno hasta la bandera. El sobrenombre de “ciudad de las velas” está plenamente justificado. Y no resulta extraño, puesto que los primeros habitantes de Nueva Zelanda ya eran expertos navegantes. Entre los siglos XI y XIV llegaron los primeros polinesios, probablemente de las Islas Cook y encabezados por el explorador Kupe, al que se atribuye el descubrimiento de Aotearoa, nombre maorí de Nueva Zelanda que significa: “la tierra de la gran nube blanca”. En la actualidad Auckland sigue siendo la ciudad más poblada y multicultural de Nueva Zelanda, con alrededor de 1,2 millones de habitantes, muchos de ellos procedentes de otras islas del Pacífico.

Con el océano a nuestras espaldas y entre casas excesivamente adornadas con luces navideñas, subimos la cuesta hasta nuestro albergue en el barrio de Ponsonby.

Una espesa niebla cubría la ciudad desde primera hora de la mañana. Confiamos en que el cielo se abriera para tomar buenas fotos de Auckland desde el ferri que nos llevó a Waiheke, pero ni tan siquiera se adivinaban los 328 metros de altura de la Sky Tower cuando nos adentramos en el golfo de Hauraki. Nos consoló pensar que tendríamos fotos muy originales de su skyline sin la distintiva torre de comunicaciones.

El ferri iba bastante lleno, pero al llegar a la isla todos nos dispersamos y nos dio la sensación de ser los únicos paseantes entre trabajadores y locales cumpliendo con

su rutina diaria. Repleta de viñedos y playas solitarias, Waiheke nos pareció un lugar tranquilo y agradable en el que no nos importaría jubilarnos, si nos tocase la lotería, claro. El viento cada vez más intenso hacía crecer las olas que chocaban con fuerza en la playa de Onetangi. No había nadie paseando y, aunque todavía faltaba una hora para encontrarnos con Vicki Jayne, nos resguardamos del temporal en el Charlie Fairley's. Sentados junto a la ventana y con un cappuccino entre las manos, disfrutamos del mar embravecido y empezamos a dudar de la vuelta en ferri a Auckland. El local se fue llenando de vecinos y trabajadores que tras terminar su jornada se reúnen para pasar la tarde y, puntual a las tres, llegó Vicki Jayne con cara risueña.

—Hay un tornado en Auckland y parece que viene hacia aquí —nos dijo divertida al saludarnos con efusividad, confirmando el tópico de que a los kiwis (así se autodenominan los neozelandeses) les gusta recibir visitas de *overseas*, el extranjero, que para ellos siempre está al otro lado del mar. Acto seguido empezó la tormenta, pero todos siguieron charlando tranquilamente, cerveza o café en mano.

Vicki Jayne es una periodista premiada con el MPA Awards<sup>1</sup> en 2007, nacida en Inglaterra y kiwi de adopción.

—Cuando a los once años llegué a Nueva Zelanda no tenía ni idea de qué iba a encontrar en este nuevo país. Antes de venir, solo había visto la fotografía de un géiser y de una mujer vestida con ropa tradicional maorí.

El motivo por el que quisimos conocerla fue que con sesenta y un años se había lanzado a recorrer durante un año las dos islas de norte a sur, con una pequeña autocaravana.

—Ese viaje fue una gran experiencia personal. Visitar a viejos amigos, hacer nuevos por el camino, volver a lugares de la infancia y descubrir rincones en los que nunca antes había estado. Me aficioné a viajar lentamente, a ritmo de caracol, disfrutando de cada lugar y momento el tiempo necesario —Vicki nos recomendó lugares que no nos podíamos perder y la lista era infinita. Hablando de uno se acordaba de otro y nosotros no paramos de anotar nombres llenos de “k”, “h” y “w” imposibles de recordar, sobre todo de la Isla Sur.

—La gente del sur tiene otro ritmo más tranquilo. Veréis que son más simpáticos y que es más fácil entablar conversación con ellos. La Isla Sur se ha convertido en un lugar muy preparado y hospitalario con los turistas en los últimos diez años.

Pero su ritmo *slow* ya quedaba atrás y a su jornada actual le faltaban horas para llegar a todo. Aquel día se había levantado a las cinco de la mañana para trabajar a destajo y así poder dedicarnos la tarde. Dirige un proyecto editorial sobre la industria cinematográfica de Nueva Zelanda, así que como grandes aficionados al cine, nuestra conversación derivó hacia ahí.

—Una bella isla que de repente estalla. La combinación de belleza y violencia del paisaje tiene un gran impacto visual, por eso Nueva Zelanda es tan popular entre los realizadores —nos reveló mientras cogía otro trozo de *muffin*.

---

1

Premios otorgados por la *Magazine Publishers Association*, a la cabeza de la industria editorial neozelandesa.

—No llegan muchas películas neozelandesas a nuestras pantallas y las pocas que lo hacen versan sobre la singular cultura maorí o tienen el paisaje de trasfondo, como “Whale Rider”, de Niki Caro —admitimos.

—Me imagino... aunque, incluso para mí, “Whale Rider” es una buena película para conocer algunos de los conceptos más representativos de los maoríes —confesó—. Si queréis una visión bastante diferente, echadle un vistazo a “Once were warriors”. Aquí se hacen evidentes las desigualdades entre maoríes y pakeha, por ejemplo en el ámbito laboral en cuanto a la tasa de paro, pero también las contradicciones internas de su propia cultura.

El realismo mágico de la primera contrasta con la crudeza y la violencia de uno de los títulos más destacados de la cinematografía kiwi de los años noventa, en el que se muestra la dura realidad de los suburbios, en los que una familia maorí desestructurada sufre los estragos del alcohol y la violencia del progenitor. Aunque se trata de una película y la estética está llevada al extremo, el trasfondo es muy real y actual, aunque poco perceptible para el viajero. También nos quedó claro que en un mercado reducido y de pequeñas producciones, Peter Jackson y “Wellywood” son un fenómeno aparte.

—Si os interesa la cultura maorí, tenéis que ir a Cape Reinga y la East Coast. Son imprescindibles para entender su espiritualidad y sus tradiciones.

Como si lo hubiera ordenado un director de cine, las rachas de viento cesaron de repente y la lluvia persistió, aunque con mucha menos intensidad. Aprovechando esta tregua, Vicki se ofreció a mostrarnos la cara oculta de la isla, la mitad este, a la que solo se puede acceder con vehículo propio ya que los buses locales no cubren esta parte.

—Waiheke ha perdido el ambiente bohemio de los años 70 y 80 y ahora es un lugar demasiado caro y tranquilo para la mayoría. Yo vine aquí hace treinta años, cuando todavía era posible comprar una casa. De hecho, ahora en Navidad y Año Nuevo los alojamientos en la isla van muy buscados y muchos de los que viven aquí alquilan sus casas en estas fechas por una buena suma de dinero y ellos van a casa de familiares o de camping.

No es de extrañar que haya tanta demanda. A través de las ventanillas del jeep nos impresionaron sus calas solitarias, apenas urbanizadas, con unas aguas cristalinas ideales para navegar en velero, rodeadas de colinas y grandes extensiones de viñedos, que convierten esta isla en un pequeño paraíso muy atractivo para millonarios e inversores privados.

Cuesta arriba adelantamos a un par de ciclistas que, con los impermeables y las alforjas llenas, sufrían para llegar hasta la siguiente bahía por la empinada carretera que sigue el contorno de la isla. La tarde pasó volando con una guía experta y bromista como Vicki, cuya energía al volante es un reflejo de su vitalidad.

—¿Os importa que pare un momento? Tengo que aprovechar, está muy barato —Dicho esto, Vicki se apeó del jeep en mitad de la carretera y se acercó a una carreta adornada con flores para coger dos bolsas pesantes. Entonces advertimos un pequeño cartel escrito a mano: “1 bolsa de heces de caballo por 1 dólar”—. Este abono va muy bien para el jardín —nos dijo mientras cargaba las bolsas en el maletero.

Es la primera *honesty box* que vimos y no sería la única con abono. Es muy típico en toda Nueva Zelanda encontrar por la carretera puestecitos desatendidos con fruta,

verdura y otros productos elaborados artesanalmente como la miel. Este intercambio se basa en la honestidad del comprador, que deja en una cajita el importe que corresponda.

Nos sorprendió. Es lógico viniendo de un país en el que cuesta imaginar que tanto los productos como el dinero pudieran seguir intactos. Fruto de esta reflexión arrancó una conversación acerca del espíritu neozelandés *Do it yourself*.

—Aquí todos somos muy autosuficientes. Vivir en lugares pequeños y dispersos, con poca población, nos obliga a saber hacerlo todo por nosotros mismos. Aunque también es cierto que la comunidad mira mucho por su propia gente.

—Seguro que se cumple la teoría de los seis grados de separación —insinuamos.

—¿Seis? Solo dos. Somos pocos y, al final, todos nos conocemos de alguna manera. Eso hace que incluso la política sea también muy cercana. Yo misma, por ejemplo, conozco a gente que conoce personalmente al primer ministro, John Key.

No podemos evitar pensar en Islandia, un país y un viaje que nos marcó, igual que nos marcaría y mucho, este. Nueva Zelanda tiene unos cuatro millones y medio de habitantes —bastantes menos que Cataluña—, concentrados principalmente en la Isla Norte y sobre todo en Auckland y alrededores. Y es precisamente en Auckland donde hay más movimiento político, social y cultural por parte de los ciudadanos, que presionan a las instituciones para conseguir cambios y mejoras continuamente.

—En general, Nueva Zelanda es un país muy nuevo —confesó Vicki—. Todavía está cambiando y evolucionando y la sociedad está muy influenciada por la idea de que todo lo que viene de fuera es mejor.

De camino al puerto, paramos en su casa para descargar las dos bolsas de abono. Nada más llegar vimos la pequeña autocaravana aparcada en el jardín. De paso nos enseñó algunas de las fotos que hizo durante su viaje a lo largo del país. Nos emocionó pensar que para nosotros la aventura acababa de empezar y que esas eran algunas de las maravillas de la naturaleza que nos esperaban.

De regreso, el ferri lo llenaban personas que viven en Waiheke y trabajan en Auckland o viceversa, algo cada vez más habitual. De vuelta a la gran ciudad, el sol relucía como si hubiera estado ahí todo el día, sin rastro ya ni de la lluvia ni del tornado.

## WAITANGI, DISPUTAS DEL PASADO

Inquietos por el inicio de la ruta, cogimos un taxi hasta las afueras de Auckland. Recogíamos la furgoneta camper en la que viajaríamos, cocinaríamos y dormiríamos durante 42 días.

—En Auckland todo el mundo es impaciente al volante, pero cuando os alejéis de aquí iréis muy tranquilos. Sobre todo, vigilad los límites de velocidad. Hay que respetarlos a rajatabla.

El tráfico en el corazón de Auckland es denso y Harnam, el taxista, nos amenizó el trayecto con su simpatía y don de gentes.



—Soy de la India, pero mi mujer es kiwi y nuestra primera hija nació en Estados Unidos. Cada uno tiene una nacionalidad. ¿A que parece un chiste? —nos contó entre risas—. Como llevo muchos años viviendo aquí, por fin me conceden la nacionalidad neozelandesa, pero entonces tengo que renunciar a la india, no puedo tenerla doble. Mi mujer insiste en que coja la neozelandesa, pero también me sabe mal dejar la india, es como cambiar de equipo de cricket. Ya veremos. —Antes Nueva Zelanda era un país muy permisivo con la inmigración y los refugiados políticos, pero ahora es más estricto. Ya no necesitan tantos profesionales ni mano de obra como años atrás y sin contrato de trabajo solo te dan un visado de turista.

—¿Qué lugar de la Isla Norte crees que no podemos perdernos?

—Cape Reinga. Tenéis que ir allí. Es donde el mar de Tasmania y el océano Pacífico se encuentran y las olas del uno chocan con las del otro. Ver dos mares dándose de hostias es un espectáculo increíble. Cuando hay tormenta, las olas llegan a los diez metros —al recordarlo se le dibujó una sonrisa en el rostro. Parecía que todos insistían en que llegásemos hasta el extremo norte de la isla.

En la oficina de alquiler de vehículos, Paul nos explicó el funcionamiento y las condiciones de la furgoneta que sería nuestro hogar kiwi. La ilusión se desvaneció al ver lo pequeña y vieja que era, sobre todo el interior, con más de un apaño chapucero que no eran el mejor ejemplo autóctono del *do it yourself*. Nuestra primera impresión de la campervan es que quizás este sería su último viaje, pero pronto nos adaptamos a ella.

Dejamos por fin la gran ciudad, con ganas de empezar a descubrir la naturaleza y los paisajes prometidos en tantos libros y guías. La SH1, que cruza todo el país de norte a sur, sigue la costa hacia Bay of Islands, al norte de la isla. A ratos parece que la carretera se abra paso por una selva, ya que las extensiones de bosque y la altura de los árboles que se encuentran en el interior son enormes. A la derecha, en cambio, las largas playas y los estuarios que la marea baja deja al descubierto son un bello contraste, ideales para hacer de vez en cuando un alto en el camino.

Waipu Cove es una preciosidad. Todavía solitaria en estas fechas, nos descalzamos para pasear por su arena fina y mojarnos los pies en las frías aguas del Pacífico. Un gran pohutukawa nos llamó la atención, el árbol navideño neozelandés que florece entre noviembre y enero, el primero que vimos. Sus flores de color rojo intenso salpicadas de puntos blancos parecen pompones. La presencia de esta especie endémica cerca de la arena o en los acantilados es uno de los rasgos más reconocibles del litoral neozelandés.

Nos desviamos en busca de una de las áreas de acampada del DOC (Department Of Conservation), muy baratas y con los servicios mínimos, pero ubicadas en lugares idílicos como Otamure Bay. Las vistas de la playa bajo la luz del atardecer son de ensueño, y allí descubrimos a la primera pareja de ostreros, unas divertidas aves de plumaje negro y pico naranja chillón que recorren las playas cuando baja la marea para pegarse un buen banquete a base de pequeños moluscos.

En pocos minutos, el cielo se cubrió y un fuerte chaparrón acabó con la magia de la escena. Nos refugiarnos en nuestra casa con ruedas ya que no había otro lugar en el que resguardarse. Antes de que oscureciera, la lluvia cesó y cedió de nuevo el protagonismo al sol y al arco iris. Con razón dicen que Nueva Zelanda es el país en el que puedes tener las cuatro estaciones del año en un mismo día.

Escuchamos el rumor de las olas al despertar. El día amaneció con un cielo claro y el sol apretaba fuerte. La responsable de la zona de acampada, con mucha amabilidad, nos dio indicaciones para seguir nuestro camino.

—¿Cuál es la previsión del tiempo para hoy? —le preguntamos.

—Puede que haga un día fantástico o puede que no —dijo con una sonrisa.

Aunque avanzábamos lentos debido a la conducción por la izquierda y a la carretera estrecha, ondulada y serpenteante, pronto llegamos a Waitangi Treaty Grounds, un lugar con mucha carga histórica. Aquí se firmó el 6 de febrero de 1840 el Tratado de Waitangi entre la Corona Británica y los líderes maoríes. Considerado el documento fundacional de Nueva Zelanda, el tratado es todavía hoy objeto de discrepancias.

—Consta de una introducción y tan solo tres cláusulas, pero la versión original en inglés y la traducción maorí son diferentes. El tratado establecía un gobernador británico para Nueva Zelanda, reconocía las tierras y las propiedades maoríes y otorgaba a los maoríes los mismos derechos que a los ciudadanos británicos. Sin embargo, la interpretación de estos conceptos era muy distinta para unos y otros. Según la versión británica, toda Nueva Zelanda y sus habitantes quedaban bajo la soberanía de la reina, ejercida por el gobernador. Según la versión maorí, cedían el gobierno del país a la Corona Británica a cambio de protección, pero seguían gestionando los asuntos de la comunidad maorí, es decir, que los británicos se ocupaban de los británicos, los maoríes de los maoríes y todos tan contentos —El joven guía maorí que nos acompañó durante la visita disparaba fechas, nombres y cifras como una ametralladora. Intentando seguir sus explicaciones, nos detuvimos ante un retrato de un jefe maorí, ya mayor pero con aspecto e indumentaria guerrera.

—Hone Heke fue el primer líder maorí de la Isla Norte que promovió y firmó el Tratado de Waitangi, pero también fue el primero en rechazarlo, al ver que la política aplicada por la Corona Británica al amparo del tratado conducía a las tribus maoríes hacia la miseria y la desesperación —alardeó orgulloso nuestro guía, Rob—. Entonces, Hone Heke se mostró como el guerrero maorí que era.

En el punto más elevado de Waitangi Treaty Grounds se halla la Treaty House, casa del primer representante británico residente en Nueva Zelanda, James Busby, en la que se redactó, se tradujo y se firmó el controvertido tratado. Frente a ella ondean la bandera británica, la bandera de la Confederación de Tribus Unidas y la bandera actual de Nueva Zelanda.

—Hone Heke, desafiando a la Corona Británica, cortó hasta tres veces la bandera británica que ondeaba en Kororareka, más tarde rebautizada como Russell. En marzo de 1845 empezaron los primeros enfrentamientos armados, que duraron un año. Hone Heke no cesó de enviar cartas a los representantes y misioneros británicos dejando claro que no luchaba contra los europeos y reclamando los derechos de su pueblo y abogando por la paz, hasta que en 1848 se reconciliaron.

Pero las relaciones entre europeos y maoríes no siempre fueron así de tensas.

—Mucha gente cree que los *pakeha* —nombre maorí para los europeos— y los maoríes estaban enfrentados, pero al principio su relación era buena, sin racismo por parte de nadie. Había mucho trato comercial entre ambas partes: los maoríes aprendían nuevas técnicas de cultivo y conseguían nuevos bienes, y a cambio los *pakeha* recibían la protección de las tribus en sus territorios.

Con el viento azotándonos la cara, contemplamos la panorámica de Kororareka —Russell—, el primer asentamiento permanente europeo de Nueva Zelanda y su primer puerto marítimo. Conocida en sus inicios como ‘el agujero del infierno del Pacífico’, Charles Darwin, que hizo escala allí con el *Beagle*, describió a sus ciudadanos como ‘la escoria de Gran Bretaña’. Eran balleneros, marineros y comerciantes que huían de la justicia o de la pobreza y que buscaban una vida mejor. Russell se llegó a convertir en capital de Nueva Zelanda, hasta que después del Tratado de Waitangi fue reemplazada por Auckland y, más tarde, por Wellington.

Al lado de la Treaty House, reconvertida en museo, hay una casa de ceremonias maorí, diseñada en 1932 para representar la implicación del pueblo maorí en la firma del tratado. Es gracias a Lord Bledisloe que se conservan los Waitangi Treaty Grounds y que podemos recorrerlos para conocer uno de los momentos clave de la historia neozelandesa. Este político británico y gobernador de Nueva Zelanda entre 1930 y 1935 compró los terrenos para donarlos al Estado y dar a Waitangi la importancia que merecía, ayudando así a limar las asperezas entre *pakehas* y maoríes.

De camino a la salida nos detuvimos ante la *Ngatokimatawhaorua*, una waka de 35 metros de largo y capacidad para 120 remeros que se construyó para conmemorar el centenario del tratado. Tan solo utilizaron tres árboles para construirla, claro que no son árboles cualesquiera sino kauris.

Tras la visita a Waitangi, muy intensa y reveladora, nos tumbamos en la playa. El sol calentaba y las aguas en calma del Pacífico invitaban a remojarse los pies, solo los pies, porque el aire era frío y las gaviotas estaban al acecho de nuestra comida. En silencio, le dábamos vueltas a la cabeza. Estábamos ante la primera encrucijada del viaje. ¿Llegar hasta Cape Reinga, siguiendo los consejos de Vicki Jayne y Harnam, o ahorrarse 800 kilómetros entre ida y vuelta e ir directamente al bosque de kauris de Waipoua?

## CAPE REINGA, UN VIAJE ESPIRITUAL

Nuestra practicidad y sentido común nos decían que no merecía la pena desviarse tanto para ir hasta un faro, pero afortunadamente la llamada maorí y nuestro espíritu viajero se impusieron, pues Cape Reinga es mucho más que un faro y la ruta por carretera hasta allí compensa sobradamente.

Este extremo de la Isla Norte es conocido entre los maoríes como Te Hiku-o-te-Ika a Maui, la cola del pez de Maui. Según su tradición, la Isla Norte fue antiguamente un pez gigante que Maui sacó del mar desde su canoa: Wellington, al sur, es la cabeza del pez y Cape Reinga, al norte, es la cola. Es la parte más estrecha de la isla, con el mar de Tasmania al oeste y el océano Pacífico en el este.

Cape Reinga es para los maoríes el lugar con mayor connotación espiritual de toda Nueva Zelanda. Al morir, sus espíritus vienen hasta aquí para emprender el viaje de regreso a Hawaiki, la tierra de sus antepasados. Primero descienden al inframundo a través de las raíces del anciano árbol pohutukawa que hay al borde del acantilado,

navegan bajo el agua hasta las Islas de los Tres Reyes y suben hasta el punto más alto de las islas para decir el último adiós y, por fin, volver al origen y reencontrarse con los suyos. Así, alcanzan el paraíso.

Nosotros también lo alcanzamos al tener el privilegio de contemplar el lugar sin apenas gente. Un pequeño sendero lleva hasta el faro, el punto más al norte de Nueva Zelanda, con la peculiaridad de que también es el lugar donde chocan el océano Pacífico y el mar de Tasmania. Esperábamos un buen combate entre ambos, como nos prometió Harnam, pero ese día estaban en calma. De todos modos, siempre hay olas en el punto exacto de su encuentro, ya que sus aguas se mueven en dirección contraria. ¿Una bonita metáfora del mundo *pakeha* y el mundo maorí? ¿Por qué no?

El faro, completamente aislado y rodeado de una naturaleza que parece virgen entre dunas y playas espectaculares, transmite una sensación de soledad y fuerza especiales, difíciles de expresar con palabras.

Regresamos a la furgoneta sedientos: no se puede beber ni comer a lo largo del camino por respeto a la tradición maorí, y nos encontramos de frente una horda de turistas que bajaban del bus anfibia que hace el paquete turístico combinado Ninety Mile Beach y Cape Reinga. La Ninety Mile Beach es una playa de dunas infinita en el mar de Tasmania. Con una extensión de 55 millas (88 kilómetros, y no 90 como reza su nombre), solo se puede recorrer en alguno de los buses turísticos o bien en 4x4, bajo tu propia responsabilidad en caso de avería o subida de la marea. A más de uno se le han llevado el coche las olas.

Como era domingo, en la Gran Duna había muchas familias locales y turistas practicando *sandsurfing*, o sea, surfando en la arena, lo cual no deja de ser chocante. Parece increíble que por mucho que caminamos sobre esta duna gigantesca no consiguiéramos ver el mar.

Todavía dentro de los límites de la reserva natural Te Pahi se halla Rarawa Beach. Cuando llegamos, la playa era tan perfecta que parecía un decorado de película: la luz del atardecer y las aguas del Pacífico en reposo absoluto y tan transparentes que se confundían con el cielo, que era de un azul claro impoluto, tan solo salpicado por unas nubes tan mullidas y perfectas que parecían dibujadas. Una pareja de ostreros charlatanes nos hicieron volver al mundo real, pero seguíamos allí, con los pies hundidos en la arena blanca y la mirada puesta en el horizonte.

Pese a ofrecer esta imagen paradisíaca, Rarawa Beach, hogar de ostreros y otras especies de aves, vio peligrar su ecosistema, tanto por causas naturales como humanas. En 2009, una escuela local respaldada por el DOC adoptó la playa y realizó una serie de actividades para restaurarla, como replantar especies de plantas autóctonas. Rarawa Beach fue también portada de periódicos en septiembre de 2010, cuando media docena de ballenas piloto (calderones) que habían varado en Spirits Bay fueron trasladadas a esta playa para devolverlas al agua y salvarlas. Desgraciadamente, no es el único caso de ballenas que encallan en playas y bahías del país. En aquella ocasión solo murieron tres y el resto sobrevivieron, pero estas historias no siempre acaban bien.

## **WAIPOUA, EL GRAN BOSQUE DE *KAURIS***

El olor a carne y verduras asadas en la cocina del camping a primera hora de la mañana despertó nuestra curiosidad. Mientras nos preparábamos un discreto desayuno a base de té y tostadas al más puro estilo europeo continental, Hemi devoraba con ritmo constante un gran plato de ternera y verduras acompañado de varias rebanadas de pan con mantequilla. Estaba sudando. Lógico, con un desayuno de tenedor y cuchillo como ese en pleno verano. Pero a pesar de las gotas de sudor que resbalaban por su rostro, se notaba que este robusto maorí cincuentón estaba disfrutando con la comida.

—Lo ha cocinado mi mujer en un hangi —Sin apenas apartar la mirada del plato y manteniendo el mismo ritmo incesante entre cucharada y cucharada, Hemi nos explicó este método tradicional maorí de cocinar alimentos—. Se cava un agujero en el suelo, se enciende un fuego y se cubre con piedras volcánicas, que mantienen el calor. Entonces se colocan los alimentos, carne, verdura, kumara —una patata dulce parecida al boniato—, lo que quieras, en cestos que se distribuyen encima de las piedras, se tapa todo con hojas o trapos y se cubre de tierra. Se deja durante varias horas para que se cocine lentamente. Y eso es el hangi, un horno natural.

—Yo no podría comer eso para desayunar —soltó con una sonrisa algo impertinente un joven austríaco que estaba sentado a su lado.

Hemi no se inmutó.

—Este será nuestro desayuno, comida y cena durante tres días. Hemos venido por trabajo y mi mujer lo preparó en casa, antes de venir.

El hangi es laborioso de preparar y requiere su tiempo, como todo lo que se hace de manera natural y artesanal, por lo que hoy en día solo se prepara en ocasiones especiales para mucha gente, cuando se reúnen familia y amigos. Bueno, o para llenar tupperes para toda la semana.

Nos quedamos solos con Hemi en la cocina. Parecía reservado, apenas nos miraba cuando hablaba, pero la conversación fluía y no escatimaba palabras en sus opiniones. A punto de visitar el Waipoua Kauri Forest nuestra admiración por la naturaleza, que nos parecía abundante y pura, chocaba con la nostalgia y aflicción con la que Hemi veía el futuro de su tierra.

—Si lo veis así ahora, imaginad cómo era antes. La mano del hombre ha llegado demasiado lejos. Me preocupa realmente cómo puede cambiar el paisaje en los próximos veinte años. Por cómo ha ido hasta ahora, no puedo ser muy optimista —Su mujer asomó por la puerta de la cocina y le señaló el reloj con gesto apremiante. Era hora de irse. Se apresuró a terminarse el plato y tiró a la basura las últimas rebanadas de pan. Nosotros también recogimos para ir a conocer al dios de los bosques.

La carretera que cruza el Waipoua Kauri Forest es estrecha y está rodeada de un frondoso y húmedo bosque de árboles altísimos, que no deja ver más allá. Un placer para los que disfrutamos conduciendo, pero hay que vigilar bien en cada curva porque no es nada extraño encontrarse halcones de gran tamaño en mitad de la carretera pegándose un buen banquete de possum atropellado, una especie de comadreja importada de Australia que constituye una enojosa plaga en todo el país. Para los halcones la presencia de un vehículo motorizado no es motivo suficiente para soltar a su presa y alejarse, al contrario, permanecen inmóviles y desafiantes, obligándonos a esquivarlos con destreza.

Los diversos accesos al bosque están señalizados y, por motivos de protección y conservación de la flora y fauna local, hay que respetar en todo momento los caminos marcados. Los neozelandeses son muy estrictos en este sentido y limpiarse la suela de las botas y caminar por las pasarelas de madera son dos requisitos ineludibles. Es comprensible. Al mirar hacia atrás en la historia de Nueva Zelanda nos concienciamos de la destrucción causada por el ser humano, principalmente por los primeros europeos, que no dudaron ni un segundo en arrasar bosques enteros de kauri, un árbol endémico de la Isla Norte cuyas dimensiones nos recuerdan a las famosas secuoyas estadounidenses y, por qué no, a los ents de la trilogía “El Señor de los Anillos”. Su madera era ideal para los mástiles de las embarcaciones y su resina muy útil para fabricar barnices. Lamentablemente, en poco más de un siglo la acción humana destruyó un 65% de los bosques. Antes de que hombres y mujeres llegaran a estas islas, el 85% del territorio era bosque. Los maoríes ya empezaron a quemar algunas extensiones para hacer jardines y dejar reposar sus cosechas, pero la llegada de los primeros europeos fue devastadora: redujeron la superficie boscosa a un 55% para construir sus granjas y crear zonas de pasto para sus ovejas. El bosque de Waipoua se salvó por encontrarse en un lugar más remoto y, convertido en santuario desde 1952 después de mucha polémica, es actualmente el mayor bosque de kauris de la Isla Norte, donde la abundante lluvia y un clima temperado favorecieron su crecimiento.

Apenas andamos escasos metros desde el parking donde habíamos dejado la *campervan* y ya tropezamos con Tane Mahuta, el dios maorí de los bosques. De hecho, lo hallaron e identificaron en 1920, cuando construían la carretera que atraviesa el bosque. A pesar de sus 51 metros de altura y casi 14 metros de diámetro, es fácil pasar de largo, ya que está rodeado de muchísimos árboles y vegetación que hacen que pase desapercibido en un primer momento. Pero al observarlo con algo de perspectiva nos dimos cuenta de su majestuosidad, ganada a lo largo de sus más de 1.200 años de vida, y de la dificultad de capturarlo entero en una fotografía. Nos sentimos como pequeños e insignificantes hobbits a su lado. Tane Mahuta, hijo del padre Cielo y la madre Tierra, es el responsable de la vida porque consiguió separar a sus padres de su abrazo eterno en el que reinaba la oscuridad para que cada uno ocupara el lugar que le correspondía y entrara así la luz y la vida. Así cuentan el mito de la creación los maoríes.

Otro sendero lleva hasta el kauri más anciano de toda Nueva Zelanda y también el de mayor diámetro, con algo más de 16 metros. Harían falta unas diez personas con los brazos abiertos para rodear entero a Te Matua Ngahere, el padre del bosque. Los árboles que lo rodean parecen simples hierbajos al lado de un gigante.

Este es un lugar clave para adentrarse en la mitología maorí y su vínculo con la tierra, pero también para comprender las palabras de Hemi e imaginarnos cómo debía de ser la región del norte cuando los bosques de kauris milenarios, rimu —pino rojos— y northern rata —árbol rata del norte—, llegaban hasta el mar. Entonces también era habitual que los troncos de varios kauris crecieran muy juntos desde la base y crearan curiosas formas como la de las Four Sisters, cuatro elegantes kauris tan pegados que parecen uno solo. Ahora, solo algunos viajeros venimos hasta aquí para admirar la fuerza y resistencia de una naturaleza que se está viendo superada por la acción humana.

Era un día para la reflexión, teníamos por delante más de 400 kilómetros hasta llegar a Coromandel y, nada más salir de los límites de bosque, una pintada en la pared de una fábrica de madera decía “Aotearoa is for sale” (Nueva Zelanda está a la venta).

## L&P Y HOBBITS

Amaneció un día de playa fantástico y estábamos en el lugar ideal: Cathedral Cove. Un sendero de costa que discurre por acantilados con vistas a las islas y al océano lleva hasta esta espectacular roca que separa dos playas. La combinación de erupción volcánica y erosión creó este túnel natural de gran altura y con forma de arco gótico. Realmente, el interior hace honor a su nombre. Cruzamos la catedral, aprovechando la marea baja, y nos acercamos a la Hoho Rock, una gran roca blanca que se erige en medio de la playa como un monolito.

Para venir aquí hay que hacer caso a las guías turísticas y madrugar. Poco a poco se iba llenando de veraneantes y turistas que querían un recuerdo en uno de los iconos de la Península de Coromandel, célebre entre los más jóvenes porque en ella se rodó una escena de la película “Las Crónicas de Narnia: El Príncipe Caspian”. También iban llegando grupos de kayaks dispuestos a ocupar la playa, así que después de un rapidísimo baño en las aguas heladas del Pacífico, nos marchamos a explorar antiguas minas de oro y cuarzo que parecen auténticos decorados de película.

De camino, al pasar por Paeroa, la parada era obligada. Durante el auge de la fiebre del oro se convirtió en un importante puerto fluvial para la industria minera, pero nuestro interés en este pequeño pueblo era más mundano. Aquí surgió el refresco nacional L&P y su ocurrente slogan “World famous in New Zealand” (Mundialmente famoso en Nueva Zelanda). Lemon and Paeroa o Paeroa and Lemon, como era inicialmente, es un refresco parecido a la gaseosa, con sabor a limón y bastante dulce. Aunque hoy en día es un refresco artificial más, propiedad, como no, de Coca-Cola, su origen es más natural y casual. En 1904 ya se hablaba de una fuente de agua mineral muy sabrosa en lo que se conoce como Junction, la confluencia de los ríos Ohinemuri y Waihou. El agua era efervescente y contenía bicarbonato magnésico natural, así que pronto se convirtió en el agua que se bebía en todas las casas de la zona y que, además, era beneficiosa para algunas dolencias. Poco después, alguien tuvo la ocurrencia de añadirle un trocito de limón, mejorando todavía más su sabor. Los terrenos donde se hallaba la fuente fueron pasando de un propietario a otro hasta que en 1910 se fundó la compañía Paeroa Natural Mineral Water Company para comercializar el agua, que se vendía incluso en Auckland. La empresa fue creciendo, exportando también a Australia, y cambiando de dueños hasta llegar a manos de la neozelandesa Schweppes Limited alrededor de 1970. Y como todo lo que tiene éxito, Schweppes Limited fue absorbida por Coca-Cola en los años 80. Pero aun conociendo la historia, que siempre se repite, disfrutamos de la L&P en su lugar de nacimiento y durante el resto del viaje.

Al llegar a Karangahake Gorge sentimos como si retrocediéramos en el tiempo hasta finales del siglo XIX, cuando Coromandel vivió su época dorada. Llegaron a haber 70 minas de oro que extraían una cantidad equivalente a un millón de libras por

año. Del oro se pasó al cuarzo y así hasta que se agotó en 1950. Tras un periodo de retroceso industrial y productivo durante el cual Coromandel se convirtió en tierra de pasto de vacas, su proximidad a Auckland, el buen clima y sus hermosas playas, revalorizaron la península convirtiéndola en zona de veraneo.

Puentes colgantes, túneles, vagonetas y edificios en ruinas rodeados de una densa y fantasmagórica vegetación son el escenario de varias rutas a pie y en bicicleta por el antiguo complejo minero de Karangahake, situado en una espectacular garganta sobre el río Ohinemuri. Como ya era tarde optamos por la versión corta, una vuelta circular que sigue los raíles que se adentran por los túneles, en los que el sencillo frontal que llevábamos no iluminaba suficiente. El silencio y la quietud del lugar nos intimidaron un poco. No habíamos visto a nadie y habíamos leído en los paneles informativos que algunos caminos estaban cerrados. Está claro que no serviríamos como mineros. De nuevo en el exterior, respiramos hondo y regresamos pegados a la pared de la garganta varios metros por encima del río, que también tiene su historia. Ohinemuri significa “Aguas llorosas de Hinemuri”, que era la hija pequeña del jefe de la tribu maorí que habitaba en esta zona. Se dice que las lágrimas que vertió por no poder casarse hasta que lo hicieran sus dos hermanas mayores originaron el río.

Leyendas y dramas con ecos de tragedia griega, ríos que crecen súbitamente, bosques que parecen encantados, lugares abandonados que podrían haber sido sets de rodaje... todo adquiriría un aire cinematográfico, lo que nos recordaba que a medianoche se estrenaba “El Hobbit” en Nueva Zelanda. Como no nos habían invitado a pisar la alfombra roja del cine The Embassy en Wellington, por lo menos nos tomaríamos unas cervezas en la Taberna del Dragón Verde en La Comarca.

Nos despertamos con la emoción de dos niños pequeños conscientes de que íbamos a visitar La Comarca y a ver la casa de Bilbo Bolsón. Matamata está en el mapa turístico neozelandés desde que se rodó “El Señor de los Anillos”, incluso su oficina de turismo imita una casa de hobbit. Los terrenos de una granja de ovejas cercana se convirtieron en La Comarca o Hobbiton: así se llama esta atracción para turistas y *freaks* de la saga.

—La Comarca fue una de las localizaciones más difíciles de encontrar para la película. La negociación entre el equipo de Peter Jackson y los propietarios de Alexander Sheep Farm duró ocho meses y después se tardó dos años en construir la aldea hobbit —nos contó la conductora del autobús que nos acercó hasta la entrada—. Estos terrenos ya tenían la colina y algunos montículos, el lago y un gran árbol y no había ninguna estructura construida por el hombre, así que era el lugar ideal para ubicar La Comarca. Aún así, trabajaron durante nueve meses para instalar los agujeros hobbits y esperaron un año y medio para que la vegetación estuviera a punto, todo tenía que estar verde y florecido.

Por fin descendimos del bus y divisamos todas las casitas repartidas por la colina, con sus vallas y puertas de entrada, que nos llegaban a la cintura.

—Los materiales de construcción de las casas son reales, básicamente madera y cristal —explicó Kieran, el guía que nos acompañó durante el recorrido a pie—. Todos los exteriores de la trilogía “El Señor de los Anillos” y, más recientemente, “El Hobbit”, se han rodado aquí, pero los interiores se rodaron en estudio en Wellington. Así que las casas por dentro, en realidad, están vacías.



—¡Ooohhh! —se lamentaron entre risas algunos del grupo. Justo cuando parecía que algún hobbit iba salir de su casa para saludarnos. No falta detalle alguno: los buzones, personalizados según la profesión del hobbit en cuestión, las flores, la ropa tendida...

Entre foto y foto, avanzamos por el camino que lleva hasta la cima, donde se encuentra Bolsón Cerrado, la casa de Bilbo Bolsón. Parecía que lo estábamos viendo, sentado en el banco, fumando su pipa y charlando con Gandalf. Todo está idéntico a las películas y Kieran se encargó de recordarnos las escenas más míticas, sin desvelar nada demasiado clave de “El Hobbit”, claro, porque la mayoría todavía no la habíamos visto.

—El árbol que hay justo encima de Bolsón Cerrado es falso. Es una reproducción exacta del original, que murió. Nadie lo diría, ¿verdad?

Descendimos hacia el lago y el árbol de las fiestas, cruzamos el puente dejando el molino atrás y entramos en la Taberna del Dragón Verde, donde Frodo, Sam, Merry y Pipín se emborrachan y Sam suspira por su querida Rosita. La taberna funciona como un bar y el tour guiado incluye una cerveza o refresco como colofón final. Qué menos teniendo en cuenta el precio de la entrada. Nos entró hambre y preferimos esperar para comer en nuestra *campervan*, que por el tamaño bien podría ser un agujero hobbit.

## UNA FAMILIA CATALANO – MAORÍ EN MOUNT MAUNGANUI

Mauao era un monte sin nombre que sufrió el desdén amoroso de la bella colina Puwhenua. Una noche suplicó a las criaturas del bosque que lo hundieran en el mar para terminar con su miserable existencia. Lentamente acercaron el monte al océano, creando así un canal desde la ciudad de Tauranga hasta el Pacífico, pero antes de hundirlo en sus aguas empezaron a despuntar los primeros rayos de sol y el monte se quedó clavado donde ahora se encuentra. Entonces recibió el nombre de Mauao — “pillado por el alba”— y este cono de volcán extinguido que se eleva poco más de 200 metros por encima del nivel del mar se convirtió en la entrada al puerto de Tauranga.

Uno de los enclaves más populares de Tauranga es Mount Maunganui, un pueblo con mucho turismo local en zona de playa, el primero en el que vimos algunos bloques de apartamentos en primera línea de mar. Aun así, las vistas de la playa desde Mount Mauao (nombre original maorí) son preciosas, con pohutukawas completamente florecidos casi tocando la arena y ovejas, conejos y faisanes que viven en él. En la playa frente al monte nos esperaban Mireia y su hijo mayor, Maui, de 5 años, que con su nombre hace honor a sus raíces maoríes paternas. Con ellos paseamos por Mauao y conocimos su historia y la de este lugar.

—Vine por primera vez a Nueva Zelanda en 2001. Estuve viajando unos meses y conocí a Roy, que era monitor de deportes de aventura. Cuando regresé a Barcelona,

él decidió venirse a vivir allí también. Hemos vivido siempre en Barcelona hasta que hace ocho meses, debido a la crisis financiera y la falta de empleo, decidimos trasladarnos aquí con nuestros dos hijos, Maui y Eloi, que todavía es un bebé —El tono de Mireia era agrídulce. Estaba contenta en Nueva Zelanda, sus hijos se habían adaptado muy bien al país y eran felices, pero estas fechas próximas a la Navidad se hacían especialmente duras tan lejos de la familia, sobre todo cuando sabes que es a largo plazo, por no decir para siempre.

—El futuro en Nueva Zelanda es más prometedor. La calidad de vida es mucho más alta y hay ayudas para el desempleo y para las familias con hijos. Son pocos y cuidan a su gente.

Maui corría, saltaba arriba y abajo, se descalzó para remojarse los pies en la playa. Estaba a punto de empezar unas merecidas vacaciones de verano.

—Este ha sido su primer curso en la escuela neozelandesa y su adaptación ha sido muy rápida. Además ha hecho casi un año y medio seguido de colegio sin vacaciones porque con la diferencia de hemisferio, cuando vinimos, aquí acababa de empezar el curso —nos contó Mireia mientras hacíamos la ruta circular por Mount Mauao—. En Nueva Zelanda, la escolarización empieza a los cinco años y el sistema educativo es más participativo, los padres se implican más.

—Maui, ¿te acuerdas de qué me decías cuando empezaste a ir a la escuela? Te sorprendió que los otros niños fueran descalzos al colegio, ¿verdad? En invierno, eh. En Nueva Zelanda es algo muy normal, la gente va descalza por la calle, al supermercado, donde sea.

No paramos de cruzarnos kiwis corriendo o en bicicleta. Mireia nos confirmó que son todos muy deportistas y hacen mucha vida al aire libre. Es habitual ver gente practicando deporte en cualquier ciudad y, en general, también visten con un estilo más informal, algo que ya pudimos comprobar en Auckland. No es de extrañar, ya que el *jogging* se cuenta entre los inventos de Nueva Zelanda.

La vitalidad que desprende el lugar y su proximidad al mar lo convierten en un escenario casi idílico.

—En 2011 hubo una tragedia ecológica en Mount Maunganui. Un accidente de un petrolero ensució las aguas del Pacífico. Aunque lo limpiaron a fondo, de vez en cuando todavía se encuentran restos del desastre en la playa. Y eso no es todo. Desde que vivimos aquí ya he escuchado un par de veces la alerta de tsunami, aquí más vale estar preparado.

Mireia estaba encantada de poder hablar en catalán y recuperar así un pedacito de su hogar y cultura. Nos sorprendió descubrir que hay más matrimonios mixtos catalán-neozelandés en esta pequeña localidad. Algunos de ellos llevan a sus hijos al mismo colegio al que va Maui y así se conocieron con Mireia.

Eran casi las seis de la tarde, hora de ver las noticias y de cenar, así que Mireia nos llevó a su casa o, mejor dicho, a casa de su suegra. Estaba en un barrio residencial, muy tranquilo, y nada más llegar Roy nos invitó a sentarnos en el banco de madera que acababa de construir. Realmente, los kiwis son muy manitas. El pequeño Eloi se lanzó en brazos de Mireia y se mostró sorprendido de que hablásemos catalán como su madre. Los cuatro formaban una bella estampa familiar y los niños exhibían la combinación perfecta de los rasgos rubios y dulces de la madre con los morenos y fuertes del padre. Susan, la madre de Roy, también salió de casa para saludarnos y,

aunque parecía reservada, el hecho de ser tocayas fue un buen comienzo para romper el hielo. Alta y delgada, de tez oscura, con una melena grisácea que llevaba recogida en un coletero y gafas de sol, Susan nos guió por el garaje hacia la puerta trasera que daba directa a la cocina-comedor, la que usaban normalmente. Nos descalzamos antes de entrar.

—Esta casa pertenece a mi familia desde los años 60. Yo nací en esta zona, luego me fui a estudiar a Auckland y viví allí hasta que hace unos veinticinco años mi madre enfermó y volví a casa para cuidarla. Ahora ya hace tiempo que vivo aquí sola, pero siempre tengo visitas, y desde hace unos meses están también ellos aquí —refiriéndose a Roy, Mireia y los niños.

Mireia preparaba la cena, Roy jugaba con sus hijos y nosotros charlábamos con Susan mientras poníamos la mesa. Teníamos un montón de preguntas para hacerle acerca de la cultura maorí, de su historia y de la situación actual. Hablamos sobre nuestro viaje, le sorprendió que hubiéramos ido hasta Cape Reinga, el extremo norte de la isla, y se interesó por cómo es viajar con una *campervan*. De hecho, nos invitó a que la aparcásemos justo en la entrada del garaje para pasar allí la noche, así que se la enseñamos por dentro. A Maui y Eloi les encantó la mini-casa sobre ruedas y no pararon de saltar encima del sofá-cama. Roy se fijó en los detalles, en los pequeños armarios y mesitas plegables, el depósito del agua y los fogones, en cómo en un espacio tan diminuto se aprovecha cada milímetro.

La cena discurría muy animada y parecía que el vino blanco empezaba a hacer efecto, puesto que la conversación y las risas iban *in crescendo*. Inevitablemente terminamos hablando del Tratado de Waitangi y de cómo la versión inglesa de la historia es la que se conoce mayoritariamente.

—Waitangi sirvió para expropiar la tierra a los maoríes —sentenció Susan—. Una vez, hablando de este tema con una vecina *pakeha*, yo le dije que era como si alguien entrara en su casa y decidiera echarla y quedársela. Esa mujer me dijo que no era lo mismo, pero yo creo que es una buena metáfora de lo que ocurrió —Es evidente que todavía queda mucho por resolver y que, de algún modo, el conflicto sigue latente. En 1860, casi toda la Isla Norte, exceptuando el área de Auckland y la zona sur hasta Wellington, y toda la Isla Sur eran territorio maorí. En 1939, tan solo ochenta años después, las tierras maoríes en la Isla Norte quedaron reducidas a la East Coast y los alrededores de Rotorua, y en la Isla Sur, donde la expropiación fue aún más escandalosa y dramática, únicamente queda Stewart Island.

—Los maoríes tenemos una relación muy especial con la tierra. Creemos que todos tenemos derecho a ella y no se puede cuantificar en base a un beneficio económico. Antes, sin necesidad de poner vallas, todos sabíamos perfectamente de quien era cada territorio, los límites los marcaban las montañas y los ríos. En cambio, los *pakeha* expropiaron a los maoríes y destruyeron los bosques —Susan nos puso como ejemplo al General Duncan Alexander Cameron, un oficial de la Armada Británica que luchó en las Guerras de Nueva Zelanda. Nada más llegar a la Isla Norte en 1863, el General Cameron lideró la invasión de Waikato, frenando así a los Kingites. Así llamaban a las tribus maoríes que formaron el Kingitanga o King Movement (Movimiento del Rey) para evitar la expropiación de sus tierras en beneficio de los *pakeha*, que querían apoderarse de los mejores campos de la Isla Norte, en manos maoríes. El epicentro del King Movement se encontraba en Waikato,

una región con parcelas de tierra aisladas y susceptibles de ser cultivadas, justo al sur de Auckland, en aquel momento la capital del país. Además, los Kingites insistían en independizarse de la Corona Británica, rechazando el Tratado de Waitangi. Ante la amenaza de un movimiento independentista, que desafiaba demasiado a la Corona Británica, el General Cameron y sus tropas llegaron desde Inglaterra para restablecer el orden. Actualmente, la región Northland-Auckland-Waikato sigue siendo mayoritariamente maorí, con un total del 40% de su población.

Ahora, a pesar de las desigualdades latentes, hace tiempo que no hay reivindicaciones ni movilizaciones como las de antes. En tiempos más recientes, una de las movilizaciones sociales más intensas que recuerdan fue en 1981 y nada tiene que ver con la historia neozelandesa. Fue en pleno Apartheid, durante la gira de los Springboks, la selección de rugby de Sudáfrica, por Nueva Zelanda. Por razones políticas, los kiwis se oponían a la gira e intentaron boicotearla, lo cual provocó bastantes altercados y enfrentamientos entre los manifestantes y la policía.

—El rugby es el deporte nacional, todos sabemos de rugby. Mi madre es una experta —Roy hizo reír a Susan y la conversación derivó hacia temas menos políticos y más amenos—. El fútbol, en cambio, hasta hace muy poco se veía como un “deporte de chicas” —dijo divertido, mientras nos guiñaba el ojo—. Los All Blacks son el orgullo nacional y si algo nos molesta es que los rivales no respeten la haka, como ocurrió hace poco en Inglaterra o Gales. ¡Incluso un niño de tan solo cinco años sabe hacer la haka, Maui la hace!

—Sí, es verdad, pero Maui es muy bueno jugando al fútbol y el año que viene empezará en un equipo local que se ha interesado por él —comentó orgullosa Mireia.

Maui y Eloi no aguantaban más tiempo sentados en la mesa, hacía ya un rato que habíamos terminado, pero seguíamos enfrascados con la sobremesa y el vino, al más puro estilo catalán. Susan venció del todo su aparente timidez y estaba encantada de tener un público atento a quien contar, sin tapujos, anécdotas y curiosidades de su cultura, que lleva en su corazón y de la que se siente muy orgullosa. Es una mujer con carácter y con las ideas muy claras, con una mentalidad tradicional y moderna a la vez, adaptada al occidentalismo y a los nuevos tiempos, pero sin perder de vista la historia y reivindicando sus orígenes y tradiciones. Eso sí, nos sorprendió que no hablase maorí con Roy, nunca lo había hecho. En casa siempre habían hablado en inglés, y eso es algo más habitual de lo que creíamos en muchas familias maoríes. Durante mucho tiempo, el estado se encargó de fomentar el prestigio del inglés en el ámbito social, administrativo y académico intentando imponer el modelo cultural *pakeha* a la población maorí y relegando el Te reo, el idioma maorí, a un uso doméstico y minoritario en el que los propios hablantes acababan percibiendo su idioma como inferior. De hecho el idioma alcanzó el estatus de oficial en 1987, época en la que hubo un resurgimiento de la identidad y de la lengua maoríes. Sin embargo, en los últimos años se estima que menos de un 25% de la población maorí es capaz de hablarlo y la mayoría sobrepasa los sesenta y cinco años de edad.

—Hay escuelas en las que la enseñanza es únicamente en maorí. Se empezó en los años 80 con los Kōhanga Reo (jardines de infancia, hasta los seis años de edad) y, tras el éxito inicial y la gran aceptación que tuvieron, se extendió a las Te Kura Kaupapa (escuelas de primaria) y a los Wharekura o College (institutos). Aunque ahora están en declive. Se está intentando que los jóvenes recuperen algunas

tradiciones, como la talla de madera. En Hastings, por ejemplo, hay college maoríes muy tradicionales —Hastings es la mayor ciudad de Hawke’s Bay, hacia el sureste de donde nos encontrábamos.

Aprovechamos la ocasión para que nos recomendaran lugares donde probar un buen hangi y ver artesanía maorí. La respuesta fue unánime: Rotorua. A pesar de ser muy turístico hay algunos sitios con muy buena reputación y a los que ellos mismos habían ido; parecía que en otras zonas eran difíciles de encontrar.

Se había hecho tarde y el cansancio pudo con todos, así que, todavía algo achispados, nos fuimos a dormir. Suerte que a tan solo cuatro pasos de la puerta trasera estaba nuestra *campervan*.

Amaneció nublado. Roy había salido para llevar a los niños a la escuela, pero Susan y Mireia estaban en la cocina y nos acompañaron durante el desayuno, que saboreamos con calma. Nos descubrieron la mānuka honey, una miel que se extrae del néctar del árbol mānuka —los ingleses lo llamaban árbol del té porque usaban sus flores para hacer infusiones— y que es típica de Nueva Zelanda y Australia. Su sabor es demasiado fuerte para nosotros, pero también se usa como medicina natural.

—La mānuka es beneficiosa para problemas estomacales, quemaduras y úlceras en la piel. Los maoríes conocemos muy bien la naturaleza y sabemos aprovechar los recursos que nos ofrece con uso medicinal, tanto que algunas farmacéuticas nos han intentado copiar remedios y fórmulas —nos contó Susan, que también se interesó por cuál sería el siguiente destino en nuestra ruta y dónde pasaríamos la Navidad. Tan solo faltaban diez días, el tiempo justo para terminar de recorrer la Isla Norte, ya que la reserva del ferri para cruzar a la Isla Sur era el 24 de diciembre. ¡Qué diferente sería pasar la Navidad en manga corta y con el sol poniéndose a las diez de la noche!

—En Tauranga hay un suburbio que se llama Bethlehem y muchos kiwis envían desde allí sus felicitaciones navideñas para que lleven el matasellos de Bethlehem.

—Sí, es verdad, es como la tradición en Cataluña de comprar la lotería de Navidad en La Bruixa d’Or de Sort —dijo Mireia.

Roy ya había vuelto y era hora de continuar nuestro viaje. Nos daba un poco de pena despedirnos y nos hubiera gustado quedarnos algunos días más con ellos, pero todavía nos quedaba mucho por recorrer en la Isla Norte. Lo que estaba claro era que nos íbamos con un fantástico recuerdo. Mireia y su familia nos hicieron sentir como en casa, compartieron muy amablemente un pedacito de su vida con nosotros y nos permitieron conocer su cultura y su país, además de demostrarnos que existe una conexión catalana-maorí. Nos encantaría volvernos a encontrar, ya sea en Barcelona o de nuevo en Aotearoa.

## ROTORUA, UN ESPECTÁCULO TURÍSTICO

La carretera SH36 nos llevó de Mount Maunganui a Rotorua, el mayor centro turístico de promoción y exhibición del arte y la cultura maorí. Sabíamos que ya estábamos cerca por el fuerte olor a huevos podridos. Es el azufre que emana de los

géiseres, las fumarolas y las ciénagas. Nos preguntamos cómo debía ser vivir a diario con ese olor tan desagradable, pero la verdad es que un par de horas después ya lo habíamos integrado en nuestro repertorio olfativo y ni lo notábamos. La ciudad de Rotorua se construyó durante la década de 1880 ya como ciudad turística para alojar a los europeos que venían a disfrutar de la zona geotermal. La llegada del ferrocarril a finales del siglo XIX incentivó todavía más el turismo y aumentó considerablemente la población. En 2013, las calles de Rotorua eran hileras de hoteles, apartamentos, campings, restaurantes y tiendas de souvenirs tallados en madera y jade verde. No es de extrañar que aquí se abriera la primera oficina de turismo de todo el mundo.

En las afueras de Rotorua se encuentran las distintas reservas geotermales y los spa, además de las recreaciones de poblados maoríes. De entre la enorme oferta, toda de pago, y siguiendo los consejos de Mireia, Roy y Susan, decidimos visitar la Tamaki Maori Village y recorrer Wai-O-Tapu. Algo escépticos por acudir a un espectáculo organizado y tan turístico, aparcamos la *campervan* en el camping y subimos al autobús que nos llevó a Tamaki Village. El show comenzó liderado por el conductor, uno de los Tamaki Brothers.

—Cuando lleguemos a Tamaki Village, la tribu local nos recibirá con su ceremonia de bienvenida antes de dejarnos entrar en su pā —poblado maorí fortificado—. Después de desafiarnos con una danza guerrera, el jefe de la tribu local dejará en el suelo una hoja de *ponga* —silver fern o helecho plateado, emblemático de Nueva Zelanda— y si el jefe de la tribu extranjera la recoge significa que viene en son de paz y su tribu es bienvenida. Así que... tenemos que elegir un líder. ¿Algún voluntario?

De entre los candidatos ingleses, japoneses, alemanes y holandeses, el conductor se fijó en Jordi (cuyo papel en el espectáculo sería más activo de lo que se imaginaba), pero no estaba solo, tenía el apoyo de otros dos líderes, procedentes de otros autobuses. En silencio, como señal de respeto, los flashes de las cámaras de fotos y vídeo empezaron a disparar cuando una mujer maorí comenzó a cantar desde lo alto de la fortaleza y, momentos después, enloquecieron al intentar capturar los movimientos corporales y la expresión facial de los guerreros maoríes, fornidos y completamente tatuados, que representaban la haka delante de nosotros. Al terminar, reinó de nuevo el silencio, el jefe local depositó la representativa hoja de helecho plateado en el suelo a la espera de la reacción del líder foráneo. Jordi la recogió, en señal de amistad, y un hongí final entre ambos confirmaba que éramos bienvenidos. El hongí es un saludo maorí que todavía se practica y que consiste en chocar la nariz del uno con el otro dos veces mientras la mano izquierda posa sobre el hombro derecho del otro.

El poblado está dentro de un espeso y húmedo bosque en el que se muestran distintas actividades y tareas que hombres, mujeres y niños desarrollaban en su día a día: confección de cestos y artesanía con hojas de haerereke —un tipo de lino natural neozelandés—, una danza de mujeres con una antigua arma femenina que se convirtió en instrumento musical, juegos de agilidad y de entrenamiento guerrero. En algunos casos se pide la colaboración de los líderes de las tribus invitadas que también se sientan en un lugar privilegiado para disfrutar de una demostración de canto y danza maoríes, en la que no puede faltar la canción de amor de Hinemoa y Tutanekeai, Pokarekare Ana, la más grande historia de amor del pueblo maorí interpretada por una

dulce y melódica voz femenina. Hinemoa y Tutanekai eran dos jóvenes de distintas tribus y distinto linaje y, aunque ambas tribus tenían buenas relaciones, no consentían su noviazgo. Cada noche, Tutanekai tocaba la flauta para Hinemoa, que escuchaba su amorosa melodía y lloraba por su amor desde su poblado en la otra orilla del lago. Una noche, Hinemoa no podía aguantar más, se lanzó al agua y nadó hasta llegar al poblado de Tutanekai. Al llegar, agotada por el esfuerzo, se escondió detrás de una roca y vio al sirviente de su amado llenando una jarra de agua para él. Sin dejarse ver, rompió la jarra en repetidas ocasiones, hasta que Tutanekai decidió ir él personalmente a buscar agua y encontró a Hinemoa. Pasaron la noche juntos y al día siguiente, cuando sus familias y los jefes de ambas tribus los vieron abrazados juntos, no tuvieron más remedio que aceptar su unión.

El espectáculo de Tamaki Maori Village está cuidado y repleto de referencias a la historia de este joven país y a la forma de vida en los antiguos poblados maoríes. Además, es una buena ocasión para ver y conocer una parte de la cultura maorí que ya solo existe como representación de lo que fue. Y todavía quedaba la mejor parte: una deliciosa cena a base de pollo, carne, kumara o patata dulce y verduras cocinadas durante cuatro horas en un tradicional hangi, el horno bajo tierra, rematada con el postre típico, la Pavlova, una tarta de merengue cubierta con crema batida y fruta fresca, tradicionalmente con kiwis. Australia y Nueva Zelanda se disputan la invención de este postre, aunque parece que los neozelandeses lo crearon en honor a la bailarina rusa Anna Pavlova cuando visitó el país durante una gira en 1926.

De vuelta al camping, un relajante baño en las piscinas termales bajo un mágico cielo estrellado. Una noche de lujo.

A la mañana siguiente, en Wai-O-Tapu, el país de las maravillas geotermales, recordamos a Freddie Mercury con su “el espectáculo debe continuar”. Aquí se encuentra el géiser Lady Knox que siempre entra en erupción a las 10:15 horas de la mañana. Una regularidad asombrosa si no fuera porque un guía del centro de visitantes es el encargado de provocar esa erupción al echarle pastillas de detergente ecológico, mientras cuenta al variopinto auditorio la historia y el funcionamiento de este géiser programado. Y aún así se queda corto al lado de la espectacularidad de los géiseres del Parque Nacional de Yellowstone en Estados Unidos. La excursión circular completa de 3,5 kilómetros por los volcanes y las burbujeantes piscinas de agua caliente y de lodo de Wai-O-Tapu sí que es una gozada. Siguiendo las indicaciones y sin salirse de las pasarelas de madera por riesgo a salir escaldado, cada uno recorre este paraje de actividad geotérmica a su ritmo. Los rayos de sol intensifican los variados y llamativos colores de las piscinas, desde el amarillo casi fosforito de The Devil’s Bath (Baño del Diablo) o el amarillo oro de la Champagne’s Pool (Piscina de champán) hasta toda la gama de verdes, ocres y naranjas de la Artist’s Palet (Paleta del artista).

No podemos negar que Rotorua tiene muchos atractivos turísticos y naturales, pero hay uno que lamentablemente ya solo está en cuadros, fotografías y libros: las Terrazas Rosas y Blancas, formadas a partir de aguas geotermales con un alto contenido de ácido silícico y cloruro sódico procedente de dos grandes géiseres. A una distancia de 800 metros entre ellas, las Terrazas Blancas descendían cuarenta metros hasta la orilla norte del lago Rotomahana y su color blanco era fruto de la decoloración provocada por los rayos del sol, mientras que las Terrazas Rosas situadas

en la parte baja del lago quedaban más protegidas de la luz solar y mantuvieron su tono rosado. Pero en 1886, el volcán activo Tarawera entró en erupción. La lava que expulsó con fuerza creó un desfiladero de diecisiete kilómetros de largo, arrasando ciudades y poblados maoríes, originando más de cien muertos, y alcanzando el lago Rotomahana. Las Terrazas Rosa y Blancas desaparecieron bajo un cráter de 100 metros de profundidad.

Sophia Hinerangi, conocida como “Guía Sophia”, era la principal guía turística de las Terrazas Rosas y Blancas del lago Rotomahana y se convirtió en su heroína tras la catástrofe. Cuentan que once días antes de la erupción, Sophia estaba visitando la zona con un grupo de turistas cuando de repente el nivel del agua del lago Rotomahana bajó y volvió a crecer, acompañado de un escalofriante sollozo. Entonces una *waka* fantasmagórica surgió de las aguas. Había trece tripulantes y todos tenían cabeza de perro. La canoa volvió a hundirse y desapareció. Un *tohunga* —sacerdote maorí— de la tribu Tuhourangi lo interpretó como una advertencia ante la falta de respeto hacia los valores ancestrales por haber convertido las terrazas en atracción turística. La propia Sophia se lo tomó como un presagio de que sus días como guía en Rotomahana llegaban a su fin. La noche de la erupción el 10 de junio de 1886, Sophia salvó a sesenta personas de una muerte segura refugiándolas en su casa, una de las pocas construcciones que se mantuvo en pie durante la catástrofe. Ella continuó su labor como guía en Whakarewarewa y animó a muchas mujeres locales a convertirse en guías turísticas, contribuyendo a establecer esta actividad como trabajo remunerado entre las mujeres tuhourangi.

El fenómeno natural más parecido a estas extintas terrazas se encuentra en el Parque Nacional de Yellowstone (Estados Unidos) y en Pamukkale (Turquía), aunque allí el afán de explotación turística estuvo también a punto de destrozar este restaurado Patrimonio de la Humanidad.

Tras pasar veinticuatro horas en uno de los lugares más turísticos de toda Nueva Zelanda, nos apetecía seguir conociendo el arte y la cultura maorí a otro ritmo y con menos gente. Nos acordamos de Vicki Jayne y nos pusimos en marcha hacia la East Coast (Costa Este).

## ***KIA ORA, EAST COAST***

Opotiki, la ciudad en la que empieza la ruta por la East Coast maorí, nos recibió con todas las tiendas cerradas y las calles desiertas. Eran las siete de la tarde de un viernes y solo se oían algunas voces y risas de uno de los dos *pubs* de la calle principal: era un grupo de hombres maoríes que charlaban y bebían cervezas animadamente.

Un niño maorí cruzó la calle montando a caballo sin silla de montar, como los jinetes expertos. ¿Seguíamos en Nueva Zelanda o habíamos hecho un viaje en el espacio y en el tiempo hasta un pueblo del Lejano Oeste americano? Al pasar por delante del cine entendimos por qué no había nadie en la calle. Acababa de empezar una sesión de “El Hobbit”, quizás esta fuera la causa de tanta quietud. Acampamos esperando que al día siguiente estuviera todo más animado.



El sábado, Opotiki se despertó más alegre. En una de sus tiendas de artesanía maorí entablamos conversación con la propietaria, una mujer de unos cincuenta años con el mentón tatuado.

—Ya nadie vive únicamente de la talla de madera. La mayoría de artesanos lo hacen en su tiempo libre o como complemento a su ocupación principal, porque no da para ganarse la vida.

Una verdadera lástima. Entonces, una amiga suya con un tatuaje parecido entró en la tienda. No pudimos reprimir nuestra curiosidad.

—El *moko* —refiriéndose a los tatuajes— suele identificar la tribu a la cual perteneces. Los hombres se tatúan toda la cara pero las mujeres solamente el mentón. El rostro debe estar limpio porque refleja nuestras emociones —nos contó amablemente. Se notaba que hacía tiempo que no se veían, así que las dejamos que se pusieran al día.

Tomamos la carretera panorámica SH35, que bordea durante 334 kilómetros esta espectacular costa del Pacífico hasta Gisborne. El sol apretaba y desde los acantilados no perdíamos de vista el azul intenso del océano, que a lo lejos parece que acaricie las flores rojas de los pohutukawas, los árboles más característicos de esta zona. Embobados con el paisaje que se abría camino delante de nosotros, pronto llegamos a Tōrere y enseguida vimos la *marae*, en el lado opuesto de la carretera.

Esperábamos encontrarla cerrada. Susan nos explicó que suelen estar cerradas, excepto cuando hay alguna ceremonia, y que para visitarlas deberíamos encontrar a las personas que custodian las llaves. La suerte estaba de nuestro lado: unas cincuenta personas elegantemente vestidas de blanco y negro tomaban asiento en unos bancos dispuestos a un lado frente a la *marae*; los más jóvenes se quedaban en el otro extremo. Una mujer mayor inició un canto maorí. Era la karanga, un canto de bienvenida a la *marae*, que siempre interpretan las mujeres de más edad de la tribu. Durante más de media hora se sucedieron distintas plegarias y canciones, hasta que todos se levantaron y se colocaron en hilera para saludarse con el tradicional hongí entre los hombres y con dos besos entre las mujeres y entre hombres y mujeres.

—¡Kia ora! ¿Qué hacéis aquí? Venga, venid conmigo. Soy Moriua, ¿y vosotros? —Estábamos tan concentrados en la ceremonia que no habíamos visto llegar a Moriua—. Llego tarde, pero tenía trabajo atrasado en casa y mañana tengo invitados para comer —hizo una mueca divertida y nos llevó con ella.

De repente, formábamos parte de la ceremonia. Moriua nos fue presentando a gente y todos nos saludaron efusivamente cuando ella decía con una pronunciación casi perfecta “Son Susanna y Jordi, de Barcelona”. Jordi puso en práctica el hongí que aprendió en Rotorua. Al llegar a la entrada de la *marae*, vimos algunas fotografías de miembros de la comunidad.

—Es una fiesta de Navidad para los más mayores del pueblo y también hacemos un homenaje a los difuntos que fallecieron este año. Esta es mi hija —señaló la fotografía de una chica un poco más mayor que nosotros, con aspecto deportista, junto a un perro—. Esperad, que les doy esta tarta que he preparado. No puedo quedarme a la comida, pero quería pasar a saludar —La sonrisa y dinamismo de Moriua eran envidiables, pero también nos parecieron una coraza ante la pérdida de un ser querido.

—¿Habéis visto la iglesia? —La iglesia está pegada a la *marae*, algo más habitual de lo que podría parecer dado que muchas comunidades maoríes son también

cristianas. Nos descalzamos para entrar—. Es la iglesia de Saint Paul. Se construyó para conmemorar a los difuntos de las dos Guerras Mundiales y tiene una piedra de la catedral de Saint Paul de Londres, de ahí su nombre.

En un tono más bajo, confesó:

—Yo soy una rebelde. Creo que la Primera Guerra Mundial defendía los intereses de unos países que a nosotros ni nos iban ni nos venían. ¿Me entendéis? —Asentimos mientras nos fijábamos en el precioso interior, con ornamentos y trabajos artesanales maoríes—. Los tapizados están hechos con un tipo de lino que hay aquí, haerereke. Tienen ya setenta años, pero se conservan en perfecto estado, ¿veis?

A sus más de sesenta años, Moriua es una mujer fuerte y activa, con las ideas muy claras. Fue directora de la escuela de Tōrere, donde el maorí es la lengua vehicular, y ahora trabaja en un *trust*<sup>2</sup> para fomentar la educación maorí.

—Las misas se hacen en inglés y maorí, ya que lamentablemente no todo el mundo habla maorí. Al principio parecía que la iniciativa de los Kōhanga Reo —jardines de infancia que se crearon en los años 80 y en los que la educación es íntegramente en lengua maorí— iba muy bien, pero últimamente están decreciendo por la falta de personal cualificado y de implicación. La cultura no puede vivir únicamente de las subvenciones estatales, todos debemos ser más activos e implicarnos, hacen falta corazón y sentimientos. Pero a muchos jóvenes no les interesa —Moriua mostró su decepción y nos habló también de cómo las drogas y otras costumbres importadas de otras culturas han sido nocivas para el pueblo maorí y, sobre todo, para los jóvenes de hoy en día.

Salimos de la iglesia para visitar el edificio principal de la *marae*, todo un símbolo de la identidad tribal que en sus orígenes designaba el espacio abierto que hay delante de la casa sagrada, donde los sacerdotes hacían los rituales. Actualmente es un espacio para la comunidad que consta de una casa de reuniones con esculturas talladas en madera, un comedor y una cocina.

—Esta es la única *marae* de la tribu Ngaitai. Es un espacio sencillo para reuniones y celebraciones. Cuando vienen familiares o visitantes de fuera, también pueden dormir aquí —El interior es un único espacio con algunas colchonetas y sillas apiladas en un rincón, además de unas cuantas estufas eléctricas. El techo y las paredes están cubiertos de nuevo con tapizados de haerereke y travesaños de madera pintados a mano con símbolos maoríes. En la parte exterior de la *marae* hay varios tekoteko tallados en la madera. Tekoteko significa “forma humana” y suele pintarse y tallarse en madera en posición de lucha, sosteniendo una pequeña arma, con mirada desafiante y una prominente lengua, para prevenir a los intrusos. Si estos vienen en son de paz, entonces tekoteko les ofrece su protección. Así que podíamos estar tranquilos, éramos más que bienvenidos. Incluso nos invitaron a quedarnos a la comida, pero nos pareció abusar demasiado.

—Os acompaño, entonces. Yo también me marchó. Si vais en dirección sur, paradedelante de la escuela para admirar los *carvings* (talla de madera) de la entrada. Os encantarán. Se hicieron durante el curso 97-98 y representan la historia de la tribu local —Moriua nos deseó un buen viaje y se despidió cariñosamente.

---

2

Conjunto de entidades, en este caso asociaciones y fundaciones, que luchan por el mismo objetivo.

—El Gobierno actual está empeñado en atraer inversores ricos y compañías petroleras, no se preocupa por la tierra. ¿Conseguiremos preservar la belleza de estas aguas cristalinas? —suspiró y luego sonrió—. ¡Adiós, pareja! —Un encuentro fortuito muy enriquecedor y emocionante, y esto no había hecho más que empezar. Las magníficas tallas de madera de la escuela, de un intenso color rojizo, esculpidas para conmemorar el 120 aniversario del colegio, son el orgullo del pueblo y un alto en el camino para los pocos que recorren la costa este maorí.

La SH35 es una carretera sorprendentemente solitaria. La mayoría de turistas y viajeros van directamente de Rotorua al Tongariro National Park, otro plato fuerte de la Isla Norte, y no contemplan desviarse por la East Coast, de la que apenas se habla en las guías. En todo el camino entre Opotiki y Gisborne hay escasos alojamientos, casi ningún restaurante y tan solo una gasolinera con precios desorbitados. Detrás de cada curva hay un paraje idílico, una bahía escondida. Buzones extravagantes (los microondas que hacen esta función son la última moda en todo el país) y señales de *marae* son en algunos tramos las únicas pistas de las pequeñas localidades que hay en la zona.

Nos detenemos en Te Kaha, su *marae* es una de las más bonitas que vimos, con la figura de un guerrero maorí encima del tradicional tekoteko. La parada fue breve porque no podíamos entrar y tampoco vimos a nadie en los alrededores, así que seguimos hasta la iglesia anglicana de Raukokore, construida en 1894. El blanco de esta iglesia aislada sobre la bahía de Papatea, con el Pacífico de fondo y algún pohutukawa a su alrededor, es una bonita estampa para un picnic bajo el sol.

Después de comer, seguimos hasta Te Araroa. En este tramo de carretera, y especialmente al pasar por Waihau Bay, los carteles de protesta contra la petrolera brasileña Petrobras iban en aumento: pingüinos de cartón que decían “No drilling, no spilling” (“Ni perforaciones ni vertidos”) y “Go home Petrobras” (“Vete a casa, Petrobras”) formaban parte del paisaje.

—Tras casi un año de lucha, varios grupos locales respaldados por Greenpeace han conseguido detener el proyecto de explotación petrolera de Petrobras. La presión del pueblo ha sido muy fuerte y hace unos días supimos que hemos ganado —nos contó el tranquilo propietario de la única tienda de Waihau—. Un accidente petrolero en altamar habría causado un desastre medioambiental de gran magnitud en toda Bay of Plenty hasta el Cabo. Nos movilizamos para frenar sus prospecciones petroleras, se organizaron concentraciones aquí en Waihau y parece que ha funcionado —No queremos ni pensar en cómo podría ser ahora esta costa si el proyecto hubiera continuado adelante ni tampoco en cuál sería el desenlace de una protesta de este tipo en España.

En Te Araroa se halla el pohutukawa más grande y anciano de Nueva Zelanda, con más de 600 años. Nuestros intentos para captar toda su extensión en una fotografía fueron inútiles y el contraste entre la luz del sol a su alrededor y la oscura sombra de sus enormes ramas eran demasiado para nuestra cámara. Tan solo conseguimos algunas instantáneas como recuerdo. Estábamos ya muy cerca del punto más cercano al meridiano 180 (o antimeridiano), el faro de East Cape, que se lleva la medalla por ser el primer lugar del mundo en ver amanecer. Este es uno de los lugares más remotos y menos poblados de la Isla Norte, todo lo opuesto a Rotorua, donde estábamos hacía tan solo veinticuatro horas, aunque parecieran siglos. Nuestra vieja *campervan* parecía

que no resistiría la carretera sin asfaltar que conduce hasta el faro, y como quedaba mucho viaje por delante, muy a nuestro pesar, nos vimos obligados a dar media vuelta.

En este tramo, la SH35 se despega temporalmente de la costa hasta llegar a Tikitiki, localidad famosa por su iglesia St. Mary de Tikitiki, cuyo interior fusiona a la perfección la tradición cristiana con el arte maorí. Volvimos a encontrar travesaños de madera pintados con tekotekos y otros símbolos maoríes, tapices de haerereke, cojines bordados, flores y un sinfín de detalles confeccionados artesanalmente.

A partir de aquí, la ruta sigue bordeando de nuevo la costa y los desvíos a bahías paradisíacas se van sucediendo sin parar. Descendimos a Anaura Bay. Eran las ocho y media de la tarde y la playa lucía solitaria bajo la tenue luz del sol, que pronto desaparecería. Hay un pequeño camping con una valla de madera que lo separa de la arena de la playa. Un par de familias kiwis y un joven francés solitario eran los únicos campistas. Dimos con el sitio ideal para pasar la noche, la misma bahía en la que el explorador James Cook y su tripulación del Endeavour desembarcaron el 21 de octubre de 1769. Tras un recibimiento amistoso por parte de la tribu maorí local, se abastecieron de agua potable para continuar su viaje.

Por la mañana fue un lujo desayunar en silencio con el único sonido de las olas y el canto de algún pájaro. El verde de la hierba y el dorado de la arena se fundían con el azul del océano. Una gran roca en un extremo de la playa y varios pohutukawa en toda su plenitud completaban la postal. Nos sentimos muy afortunados de estar allí y poder disfrutar de ese momento. Por un instante, los pensamientos volvieron a Barcelona, con nuestra familia y amigos: si pudieran ver y sentir la magia de este lugar, este placer inmenso, igual que nosotros... Parecía que el tiempo se hubiera detenido y podríamos haber pasado allí una semana entera. Pero no queríamos perdernos el resto de la East Coast así que, con cierto pesar pero una gran sensación de relax, nos pusimos en marcha hacia Tolaga Bay. Así bautizó el Capitán Cook esta bahía y población a la que durante mucho tiempo solo se podía acceder por mar. Entonces, el muelle, que se adentra más de 600 metros en el Pacífico y ostenta el título de muelle más largo del hemisferio sur, recibía tráfico de grandes embarcaciones, pero ahora solo lo frecuentan pescadores locales y veraneantes.

Emprendimos el último tramo de la East Coast. Estábamos a tan solo 55 kilómetros de Gisborne pero aún nos quedaba una parada que nos hacía especial ilusión: Whangara. Esta pequeña comunidad inspiró la novela "Whale Rider" de Witi Ihimaera y aquí mismo se rodó posteriormente la película dirigida por Niki Caro, premiada en festivales de cine de todo el mundo y que desde su estreno en 2002 es una de nuestras películas favoritas. Cuenta la historia de un pueblo maorí de la Isla Norte cuyo futuro líder muere al nacer y Paikea, su hermana gemela, está decidida a demostrar que, pese a ser una chica y ante el recelo de su abuelo, también puede ser la líder de su tribu. Antes de emprender este viaje, "Whale Rider" fue uno de los pocos acercamientos a las costumbres y a la forma de vida de una comunidad maorí actual, con su bonita espiritualidad y sus fuertes contradicciones.

Acertamos el desvío hacia Whangara de casualidad y toda nuestra ilusión se desvaneció al toparnos con la frialdad y descortesía de sus habitantes. Habíamos leído que no les gustaban los turistas ni los pelicularos curiosos, por eso la señalización para llegar aquí es más bien escasa. Tras el buen recuerdo de la comunidad de Torere, en Whangara nos topamos con miradas desconfiadas y reacias a tratar con cualquiera que

no fuera de la comunidad. Incluso nos prohibieron fotografiar el exterior de la *marae*. La comunidad de Whangara pertenece a la tribu Ngāti Porou, la segunda más importante de Nueva Zelanda, y su ancestro Paikea, que significa Jinete de ballenas, preside la *marae*. Algunas leyendas hablan de un ancestro maorí, Paikea, que llegó a Aoteroa cabalgando el lomo de una ballena jorobada después de que su canoa se hundiera en su viaje desde Hawaiki. La ballena salvó a Paikea y lo llevó hasta la Costa Este de la Isla Norte y allí fundó la tribu Ngāti Porou.

Nos cuestionamos si son tantos los turistas que llegan aquí en busca de la *marae* con el jinete Paikea como para tomar estas medidas disuasorias. Nosotros apenas vimos turismo y menos aún en esta zona, quizás la más desolada y aislada. Es irónico que mientras toda Nueva Zelanda aprovecha el tirón de “El Señor de los Anillos” para ganar dinero y aumentar el turismo, aquí prefieran esconderse y vivir de espaldas a un potencial filón. Por lo menos vimos la *marae* desde fuera, una de las más bonitas y trabajadas, la preciosa bahía y restos de decorados de la película: la *waka* (canoa) que se construyó para la ocasión, descuidada y estropeada, y un ballenato de cartón-piedra casi cubierto por la maleza que deducimos se usaría en la escena de la película en la que las ballenas varan en la playa. Esta escena también rinde homenaje a un fenómeno que en ocasiones se ha dado en algunas playas neozelandesas.

Precisamente en la larguísima playa de Wainui, a cinco minutos en coche de Gisborne, vararon en 1970 alrededor de 60 cachalotes. La gente de suficiente edad que encontramos paseando por la playa recordaba perfectamente ese trágico suceso.

Gray Clapham, diseñador gráfico veterano que tenía dieciséis años cuando presenció el suceso de Wainui Bay, lo relató en un artículo: “Ya hace más de cuarenta años, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Estaba desayunando antes de ir a trabajar y escuché la noticia en la radio: la playa estaba llena de ballenas que habían llegado a la orilla durante la noche. No me pude resistir y me acerqué hasta allí. Había más de cincuenta ballenas, de distintos tamaños. Menudo espectáculo. Estaban malheridas y moribundas, algunas ensangrentadas por los golpes en las rocas, expiraban aire rancio por los grandes orificios, y no podíamos hacer nada por ayudarlas”. Del texto se desprende su emoción al revivirlo: “La marea bajaba y cada vez era más evidente que las ballenas se quedarían atrapadas en la arena. Estuvieron dos o tres días agonizando en la playa. Algunas empezaban a descomponerse y las autoridades decidieron enterrarlas. Cavaron un agujero inmenso con máquinas excavadoras y las enterraron todas allí. Fue muy triste”.

¿Por qué vinieron hasta la playa? Nunca se supo. Ya había ocurrido otras veces y seguirá ocurriendo. Misterios de la naturaleza. No hace tanto, en febrero de 2011, más de cien ballenas piloto, también conocidas como calderones, murieron en una remota playa de Stewart Island, la isla más al sur de Nueva Zelanda. Las encontraron unos excursionistas cuando muchas de ellas ya estaban muertas, y al resto les aplicaron la eutanasia para evitar más sufrimiento, su muerte estaba asegurada. Un mes antes también fallecieron otra veintena en la Isla Norte y en diciembre de 2009, más de 120 ballenas vararon cerca de Golden Bay (Isla Sur) y aquí, en la East Coast de la Isla Norte. Algunos científicos atribuyen las causas a una alteración del campo magnético de la Tierra, provocado por un aumento de la actividad solar. Argumentan que las ballenas utilizan el campo magnético terrestre para orientarse en su navegación y si el Sol altera este campo magnético, eso las confunde y desorienta. Gray Clapham señala

en su artículo “la coincidencia de que el 7 de marzo de 1970 hubo un eclipse solar total, once días antes de que las ballenas vararan en la playa. Pero más allá de la interpretación espiritual de las comunidades maoríes, no hay ninguna teoría confirmada”.

Ante la placa en homenaje a los sessenta cachalotes enterrados en Wainui Bay, miramos el extremo norte de la playa, tratando de visualizar el suceso. En ese instante se intensificó un fuerte viento que levantaba la arena y embravecía el océano. Con esta imagen de la bahía y algo compungidos por la trágica historia, nos despedimos de la East Coast.

## TAUPO, EL GRAN LAGO VOLCÁNICO

Decidido. Si tuviéramos que elegir una ciudad de la Isla Norte para vivir sería Taupo. A orillas del lago con el mismo nombre, un indicador con dos truchas nos daba la bienvenida a esta localidad conocida por la pesca. Taupo tiene alrededor de 25.000 habitantes, bastante ambiente comercial y servicios, muchas opciones de actividades al aire libre y una situación inmejorable justo en el centro de la isla, ideal para explorarla.

Grandes nubarrones negros amenazaban con lluvia, así que nos apresuramos para dar una vuelta por el lago antes de la inevitable tormenta. Embarcamos en el Ernest Kemp, una réplica de un barco de vapor vintage, capitaneado por Ian, un simpático kiwi que rondaría los cincuenta años de edad. Parecía que iba a ser un tour privado, éramos los únicos que nos atrevíamos con este tiempo, pero en el último momento subió también una familia india, padres, hijos y abuelos.

—Taupo es el lago más grande de Nueva Zelanda, mide 42 kilómetros de largo por 27 kilómetros de ancho y llega hasta los 185 metros de profundidad. Lo más increíble es pensar que se trata de la caldera de un volcán que entró en erupción hace unos 2.000 años. Fue una explosión tan violenta y de tal magnitud que gran parte de la Isla norte quedó cubierta de ceniza, el bosque más cercano al epicentro de la erupción quedó convertido en carbón vegetal, incluso alteró el curso del río Waikato. Era el año 150 d.C. y la erupción formó una columna de 50 kilómetros de altura que se vio desde el cielo de Roma y de China a la vez —Escuchamos con dificultad la explicación de Ian por los altavoces debido al ruido del motor y el viento, así que aprovechamos que éramos tan pocos en el barco para acercarnos a la cabina.

—¿Ya está extinguido, verdad? —bromeamos.

—En realidad, solo está dormido. Todavía quedan cinco focos activos ahí debajo.

—Lo cual significa que... —miramos a Ian expectantes.

—Que si se produjese una erupción volcánica, con toda el agua que hay encima, provocaría una reacción similar a la de una bomba de hidrógeno. Toda la Isla Norte podría saltar por los aires—. Ya sería mala suerte que ocurriera ese día, mientras navegábamos por sus tranquilas aguas.

La familia india iba a su aire, pendiente de los movimientos de los niños, así que seguimos charlando con Ian en la cabina del Ernest Kemp. Al saber que éramos de

Barcelona, nos preguntó por la situación económica y política que se vivía en Europa y particularmente en España. Le parecían escandalosas las cifras de paro y de deuda que propagaban los periódicos y los informativos. Lamentablemente, no nos quedó otra que confirmárselo, y aunque sabíamos que hoy en día estamos hiperconectados y las noticias vuelan, nos sorprendió que estuviera tan bien informado de algo que sucedía al otro lado del mundo y que, por ahora, no les afectaba. Suponemos que seguir la actualidad y estar al día de lo que ocurre en el viejo continente es la manera de sentirse menos aislados y alejados.

Adelantamos a algunos kayaks que paseaban por el lago. Nueva Zelanda es un país con mucha tradición de deportes acuáticos y es bastante corriente tener una pequeña embarcación. Al fin y al cabo, la localidad más alejada del mar está a tan solo 120 kilómetros de la costa.

—Nos estamos aproximando a los riscos de Mine Bay, el lado noroeste del lago Taupo —Ian reanudó la visita guiada y aminoró la marcha para acercarse lo más posible a las tallas maoríes—. Aunque parezcan antiguas porque están talladas en la roca, las hizo un maestro de la talla maorí a finales de los años setenta. Puede parecer que tenga menos valor porque se hizo hace unos treinta años, pero es un buen ejemplo de una tradición que perdura y un arte que va pasando de generación en generación. El rostro de diez metros de altura se hizo a semejanza de Ngatoroirangi, un navegante maorí visionario que, según cuenta la leyenda maorí, guió a las tribus Tuwharetoa y Te Arawa hasta Taupo hace más de mil años. Las figuras más pequeñas representan criaturas de la mitología maorí, se llaman taniwha y viven en oscuras cuevas en el fondo de lagos, ríos y mares. Son la versión maorí del monstruo del Lago Ness. Y, ¿veis la sirena? La sirena es una figura celta que simboliza el origen y la mezcla cultural de Nueva Zelanda.

—¿Cuánto tiempo tardaron en hacer estas esculturas en la roca?

—Hacer el rostro de diez metros llevó cuatro veranos y eran cinco personas, el maestro y cuatro ayudantes.

Con un buen *book* de *carving* maorí en nuestra cámara, el Ernest Kemp reemprendió el camino de vuelta. Parecía que a Ian le gustaba charlar con nosotros.

—Es una pena que esté tan nublado porque veríamos perfectamente los volcanes del Tongariro National Park. Aunque, bueno, se adivina alguna cresta nevada —comentó.

—Las vistas desde el lago son magníficas y el agua tiene un color mágico —respondimos entusiasmados. La ciudad de Taupo se extendía ante nosotros.

—Esa pequeña colina es el Tahara, un antiguo volcán extinguido que se conoce como Dama Embarazada, por su perfil. Desde arriba, en un día claro, se ve Napier a un lado y el Monte Taranaki al otro —señaló Ian.

El paseo en barco llegó a su fin. Nos despedimos de Ian y aprovechamos que aún era pronto y aguantaba sin llover para hacer una pequeña excursión hasta las Huka Falls. Nos costó un poco encontrar el rumbo entre las calles de Taupo, pero al fin dimos con el camino adecuado, que sigue el curso del río Waikato —el más largo de Nueva Zelanda— y cruza un grandioso parque lleno de corredores y ciclistas. De repente, empezamos a ver gente en bañador y chanclas, con la toalla colgada del cuello. Pronto averiguamos que se dirigían al Spa Park, unas diminutas piscinas naturales de agua caliente que desembocan en el río, donde turistas y locales se

remojan y charlan un rato. Desde este punto hasta las famosas cascadas hay una hora de camino, que discurre entre tramos de bosque siempre paralelo al río. A pocos metros del destino final ya escuchamos el fuerte sonido del agua, pero la vegetación nos impedía ver nada. Imaginamos un gran salto, pero en su lugar nos encontramos un cañón por el que una gran cantidad de agua de color turquesa circula a gran velocidad y termina en un salto de poca altura pero muy potente: más de 200.000 litros de agua por segundo. A este ritmo, podríamos llenar cinco piscinas olímpicas por minuto. El río Waikato produce el 15% de toda la energía del país. Tras la caminata de regreso a la ciudad a paso ligero, culminamos el día tomándonos una pinta de Lion Red y otra de Waikato, en honor a sus aguas, dos cervezas nacionales bastante buenas.

A la mañana siguiente no paraba de llover y la previsión meteorológica no auguraba ningún cambio favorable para los siguientes días. Lo bueno de los viajes largos es que te puedes permitir el lujo de esperar y comprobar cuán fiables son los hombres y mujeres del tiempo en otros países. Nos tomamos el día con calma y aprovechamos para hacer la colada, comprar provisiones y visitar la biblioteca para conectarnos a Internet. En Nueva Zelanda no se estila el wifi gratis, la conexión a Internet es muy cara y no la regalan precisamente aunque lleves tablet o portátil, así que acudir a las bibliotecas públicas es una buena opción. Esperando a que quedase libre algún ordenador, conocimos a David y Mireia, una pareja de Terrassa que estaba dando la vuelta al mundo. Fue agradable charlar un rato con ellos. Estaban rehaciendo su ruta porque un ciclón estaba asolando las Islas Fidji, su siguiente destino. Se esperaba que a final de semana el ciclón llegara a Nueva Zelanda y justo en ese momento, como una señal de lo que podría ser, un apagón dejó la biblioteca completamente a oscuras.

Mientras esperábamos a que volviera la luz, intercambiamos impresiones. Estábamos de acuerdo en que todo era muy caro y en que había que vigilar con la acampada libre porque estaba prohibida en muchas zonas o solo autorizada a vehículos con váter químico. Íbamos en direcciones opuestas, ellos venían de la Isla Sur, de la que nos hablaron maravillas en cuanto al paisaje, pero también nos alertaron de la rigurosidad de la policía con los límites de velocidad en la zona de Fiordland. Les dejamos buscando una alternativa a las Fidji, aún les quedaba medio año de viaje y mucho mundo por descubrir.